

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Muerte fotográfica



La eterna cuestión (o al menos parece eterna) entre árabes e israelitas es el fondo ambiental de esta novela.

En un momento crucial (uno de tantos) de las relaciones entre unos y otros, salta la noticia de interés internacional anunciando que el presidente de Egipto, el general Gamal Abdel Nasser ofrecerá en El Cairo una rueda de prensa de ámbito mundial sobre las posibilidades de una inminente (una más) guerra entre árabes e israelitas.



Lou Carrigan

Muerte fotográfica

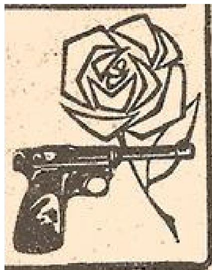
Brigitte en acción - 63

ePub r1.0
Titivillus 02.07.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Final de viaje: El Cairo

El avión de Alitalia tomó tierra sin novedad en la pista asignada por la torre de control de El Cairo. También sin novedad, los pasajeros del vuelo de Roma descendieron del aparato, pasaron por la aduana, y, excepto un par de ellos que se las habían querido dar de listos con insignificantes contrabandos, los demás fueron admitidos en Egipto.

En total, veinticuatro pasajeros, todos ellos procedentes del vuelo directo de Roma. Pasajeros de todas clases y edades: niños europeos, un par de ancianos egipcios, tres jóvenes matrimonios romanos, un par de ingleses serios como piedras, algún americano…

No podían faltar los americanos. Se dice que en todo objeto en movimiento en el mundo se puede encontrar, por lo menos, un ciudadano de los Estados Unidos, y…, en aquel caso, al menos, era cierto.

Aquel hombre de mirada penetrante, hombros anchos, manos grandes y corbata demasiado chillona incluso para un clima poco menos que tropical, tenía que ser americano. Llevaba lentes de sol, y no parecía que se hubiese molestado en proveerse de equipaje.

También el tipo era grande, Desenvuelto, seguro de sí mismo.

Estaba bien claro que los lentes de cristales oscuros no le impedían la visión en lo más mínimo. Eso parecía creer otro de los pasajeros, al menos, ya que, mientras salía de los vestíbulos del aeropuerto aprovechaba cualquier cristal para echar una mirada hacia atrás, hacia el musculoso y atlético lector de la revista *Playboy*; es más, cuando no había ningún cristal cerca, se volvía, con más o menos descaro, siempre para mirar al atlético caballero de los lentes de sol. Y, cada vez, en su rostro pecoso aparecía un gesto de preocupación, casi de ira.

Así las cosas, perseguido y perseguidor salieron del último vestíbulo, hacia el *parking* de espera. Y allá, otros dos hombres

hicieron el gesto de acercarse al pecoso, al perseguido. Entonces, este movió la cabeza negativamente, casi de modo imperceptible, mientras su pulgar derecho señalaba hacia atrás, sin rebasar el hombro, pero indicando con toda claridad al atlético poseedor de la revista *Playboy*.

Captada la señal, los dos caballeros que habían estado esperando en el aeropuerto de El Cairo también movieron con discreción la cabeza, en gesto afirmativo: se habían dado cuenta.

El pecoso continuó caminando, su perseguidor detrás, y los dos que habían estado esperando en el aeropuerto efectuaron una estupenda maniobra de acercamiento indirecto hacia el perseguidor. Parecían conocer bien su trabajo, porque, en pocos segundos, resultó que, mientras el hombre de la revista *Playboy* seguía al pecoso, los amigos de este que habían estado esperándole en el aeropuerto, seguían al de la revista *Playboy*.

La cosa todavía se complicó más cuando apareció el cuarto personaje. Otro hombre, de cabellos rubios, tez muy tostada por el sol, no menos ancho de hombros que el lector de *Playboy*, y fumando en una larga boquilla de marfil. Este último personaje cambió una mirada con el americano lector de *Playboy*, el cual asintió con la cabeza, y señaló con la barbilla hacia el pecoso. Estaba clarísimo que le indicaba que el pecoso era el hombre que interesaba.

Y con todo este lío de personajes en marcha, empezaba una más de las sórdidas historias de espionaje. Una más de esas historias que jamás aparecen en los periódicos, pero que quedan meticulosamente explicadas en los archivos *top secret* de las grandes potencias mundiales del espionaje.

Las cosas sucedieron así, a la sombra de las construcciones del aeropuerto internacional de El Cairo:

El perseguido que había descendido del avión de Alitalia, o sea, el pecoso, se dirigió hacia un coche negro y grande, de matrícula egipcia, que esperaba en un rincón del *parking*. Llegó a él, se metió dentro y se quedó allí, tan ricamente, confortablemerte sentado. El que le perseguía, esto es, el de la revista *Playboy*, caminó todavía unos cuantos pasos más hacia aquel coche negro, desviando un poco la marcha de modo que pudiera ver con toda claridad la matrícula. Vista la matrícula, el americano sacó un diminuto

bolígrafo y la apuntó en la portada de la revista *Playboy*…

Es decir: empezó a apuntarla.

Ocurrió que, mientras estaba en ello, los dos hombres que habían estado esperando al pecoso en el aeropuerto, se acercaron por detrás al americano, como quien no quiere la cosa, caminando a paso normal, despreocupados…

Y cuando llegaron a su lado sacaron cada uno una navaja de resorte, apretaron este, la hoja apareció al instante…, y la clavaron en los riñones del americano lector de *Playboy*.

Con toda tranquilidad, como si estuvieran pidiéndole fuego para sus cigarrillos.

Fue un doble navajazo escalofriante, que rasgó la carne con un extraño crujido. El americano soltó la revista y el pequeño bolígrafo, se crispó, palideció, abrió la boca en un intento de grito de espanto…

Entonces, ¡zas!, las dos navajas volvieron a clavarse en sus riñones, ahora más fuertemente todavía. Uno de los asesinos la sacó rápidamente, se colocó delante del desafortunado americano, y le hundió la navaja en el vientre un par de veces, con saña, con furia. Evidentemente, no era una broma: se trataba de matar.

Y como seis expertos navajazos, cuatro de ellos en los riñones y dos en el vientre, es cosa muy seria, el americano se murió. Eso sí: lo hizo con decoro. Sin gritos, sin aspavientos, sin protestar… Es una de las reglas de los buenos espías.

Mientras algunas de las personas que pasaban por allí empezaban a pensar que algo ocurría, los dos asesinos recogían la revista y el pequeño bolígrafo y se dirigían con paso contenido, pero presuroso, hacia el coche. Entretanto, el rubio que fumaba en boquilla había palidecido tanto que parecía más muerto que el caballero de la revista *Playboy*; estaba tan pálido, que parecía de verdad blanco; parecía incapaz de moverse, de reaccionar.

Ni siquiera fue capaz de reaccionar mientras el americano recién llegado a El Cairo caía de bruces y volvía la cabeza hacia él, ya sin los lentes, y lo miraba angustiosamente, en silenciosa llamada de auxilio.

Tampoco reaccionó cuando la gente empezó a correr hacia el americano lector de *Playboy*, ni cuando el coche negro en el que iban los asesinos y el pecoso se alejaba de allí, impunemente. Es

más: cuando la gente empezó a gritar, cuando llegó la Policía, cuando poco después llegó una ambulancia, el rubio de la boquilla de marfil continuaba como clavado en el suelo, palidísimo.

Seguramente, era el único que había presenciado con toda claridad aquel final de viaje en El Cairo.

Capítulo Primero

—¿El Cairo? ¿Qué se me ha perdido a mí en semejante lugar?

—Cualquier lugar es bueno para trabajar —gruñó Miky Grogan.

La divinísima espía internacional con categoría de lujo en la CIA frunció su graciosísimo ceño, mientras su manita derecha se deslizaba, en personal caricia, por la rodilla que tenía sobre la otra, al haber cruzado las piernas tras sentarse de lado en la mesa de su jefe. Actitud esta que solo Brigitte Montfort, alias Baby, podía permitirse en el despacho del señor Grogan.

—¿Trabajar? —musitó.

—Eso he dicho: trabajar. O sea, ganar el sueldo que le pago.

—No sea ordinario, jefe.

—Puede que yo sea ordinario —refunfuñó Grogan—, pero me gusta que mis empleados trabajen. De este modo, pueden pagarse sus abriguitos de pieles, su apartamento lujoso en la Quinta Avenida, su quinta cerca del lago, sus dos automóviles especiales, su…

—Con lo que usted me paga, no tengo ni para esmalte de uñas, querido —sonrió despectivamente la divina.

Miky Grogan palideció. Se mordió los labios. Luego, se puso de un absoluto color verde… Y finalmente enrojeció con tal violencia que las venas de su cuello y frente se hincharon.

—¿Va a pedirme aumento de sueldo otra vez? —gritó.

—¿Por qué grita?

—¡Porque… porque… porque me da la gana!

—Grosero.

—Mire, Brigitte, usted… usted me exaspera… Ya sé que todo es broma, pero…

—¿Broma? ¿Llama usted broma a la inteligentísima decisión de un ser humano de rebelarse contra el trabajo?

—Brigitte…

—¿Le gusta mi nuevo vestido?

—¡No!

—¿No? Pues, querido, debería usted graduarse la vista en un buen óptico de la Quinta Avenida. Su precio es…

—¡No me lo diga!

—¿Por qué?

—Porque se me llevarían los demonios de pura rabia… ¡Gasta usted más en una semana que yo en todo un año!

—Cuestión de gusto personal. Usted se conforma con cualquier traje barato, y yo opino que una hermosa mujer debe ir siempre vestida de acuerdo a esa hermosura… ¿Qué me dice de mi peinado?

Miky Grogan repasó la magnífica anatomía de la espía internacional. Luego, miró el peinado, con aquellas graciosas puntitas saliendo hacia afuera en deliciosos rizos. Miró los enormes ojos azules, la boquita sonrosada, el segundo escote del vestidito estival de falda cortísima, las sensacionales piernas doradas por el sol que veía casi en su totalidad… Y el nudo de la corbata empezó a dejarse sentir en su garganta, apretando cada vez más.

—Emmm… Muy bonito peinado, sí…

—¿Y el resto?

—¿Qué… qué resto?

—Querido jefe, está usted casi ciego… El «resto», es todo lo que acompaña al peinado. O sea, mis piernas, mis bracitos de seda, mi garganta finísima, mis bonitas caderas…

Miky Grogan pegó un terrible puñetazo en la mesa.

—¡¿Quiere usted cenar conmigo?! —gritó.

—No. Y le suplico nuevamente que no grite.

—¡Pues si no quiere cenar conmigo, se irá hoy mismo a El Cairo! ¿Está esto bien claro? ¡Se irá a El Cairo! Y si no…

La puerta del despacho de Grogan se abrió, y Frank Minello entró apresuradamente, mirando a todos lados, y preguntando:

—¿Quién se va a El Cai…?

Cuando vio a Brigitte, dejó de mirar a todos lados: Parecía que él tenía mejor vista que Miky Grogan. Y se dedicó a usarla para propio deleite, y satisfacción de Brigitte, que subió la faldita un par más de pulgadas.

—¿No son preciosas, Frankie? —sonrió.

—¿E-el… el qué…?

—Mis piernas.

—Ah, sí… Oh, sí… Ah, tu… tus… ¡Oh, sí, claro, demonios! ¿Me las cambias?

—Oh, vamos, Frankie, formalidad, querido…

—Bueno, préstamelas, al menos. ¿Vale?

—No —rio la espía—. Podrías presentarte a un concurso de belleza… y ganar el primer premio.

—¡Y eso solo con las piernas…! ¿Qué tal si me prestas lo demás? ¡Te lo devolvería mañana!

—Todo lo que ves está muy bien donde está —rio Brigitte.

—Pero se está desperdiciando. Si tú quisieras…

—¡¡¡Minello!!! —gritó Grogan—. ¿Qué es lo que quieres?

—Las piernas…

—¿Las qué?

—Y lo demás. Digo… ¡Ah! ¡Oh! Hola, hola, señor Grogan. ¿Está usted aquí?

Brigitte se echó a reír, y Miky Grogan volvió a enrojecer de aquel modo tan violento, característico en él.

—¡Te despediré! ¡Os despediré a los dos, os… os…!

—¿Por qué no nos casa? —propuso Minello—. Al fin y al cabo, usted es el capitán de esta nave llamada *Morning News*, y dicen que los capitanes pueden…

Miky Grogan volvió a golpear la mesa con un seco puñetazo. Luego, se quedó inmóvil, cerró los ojos, contó hasta diez, y, aparentemente sereno, miró de nuevo a Frank Minello, jefe del departamento deportivo del periódico.

—¿Qué es lo que quieres? —musitó.

—Que ponga su OK en esto —Minello tiró unos papeles sobre la mesa, y se acercó a Brigitte, suspirando—. Y no hay prisa…

—¡¡¡Minello!!!

—¡¡¡¿Qué?!!!

—¡Ya está puesto el OK!

—Muy bien: ponga algunos más. Un millón o dos…

—¡Fuera de aquí!

Frank Minello se sobresaltó… Se sobresaltó tanto, que para no perder el equilibrio tuvo que abrazarse a Brigitte. La sujetó por la cintura, la apretó fuertemente contra su pecho y besó los sonrosados labios. Seguramente, se habría quedado allí, como una

mosca en la red, si un suave golpecito de judo propinado por la espía con dos deditos en un costado no lo hubiese apartado como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—No seas goloso, Frankie.

—¡Fueraaaa…! —chilló Grogan. Minello lo miró de arriba a abajo.

—Envidioso… —espetó—. Envidioso, envidioso.

—Pero no es tan caradura como tú —sonrió la espía—. ¿Cómo van las cosas en Deportivas?

—Necesito una mecanógrafa —musitó Minello—. No importa que no sepa escribir a máquina, ni escribir correctamente Washington, ni…

Brigitte adoptó una pose de vampiresa provocativa.

—¿Te sirvo yo? —susurró dulcemente.

Frank Minello iba a decir algo, pero se quedó mirando a Miky Grogan, que se había puesto en pie, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Emmm… Pasa luego a mi despacho, nena… —Guiñó un ojo—. Ya verás como papá Frankie encuentra un buen sitio para ti. ¡Ya me voy, ya me voy…!

Salió corriendo del despacho. Brigitte se quedó mirando al sulfurado Grogan, se miró luego las uñitas, y dijo:

—Siempre lo estropea todo, ogro. ¿Qué se me ha perdido a mí en El Cairo?

—¡Un reportaje!

—Qué original es usted… ¿Sobre las pirámides?

—¡Sobre Gamal Abdel Nasser!

—Mmm… ¿Ese señor que manda en Egipto?

—¡Sí!

—¿Tengo que hacerle una interviú?

—¡No! ¡Él dará una conferencia de prensa, dentro de unos días, en El Cairo!

—¿Sobre qué?

—¡Sobre la situación tensa en el Oriente Medio! ¡Nasser expondrá sus puntos de vista respecto a una guerra que parece inminente!

—¿Guerra? ¿Con quién?

—¡Con…! ¡Maldita sea, me está tomando el pelo! ¡Usted tiene

que estar enterada de todo eso mucho mejor que yo! ¡Por algo es una espía que…!

—Ssssttt…

—Nasser dará una conferencia, una… rueda de prensa concedida a periodistas de todo el mundo explicando los motivos por los que no vacilará en llevar a la República Árabe Unida a una guerra para aplastar a Israel…

—Cosa que parece bastante problemática, ya que USA está al lado de Israel.

—Y la URSS está al lado de la RAU.

—Israel tiene la bomba H, según se dice.

—¿Lo dice la CIA? —desorbitó los ojos Grogan.

—No, no… La CIA, querido, nunca dice nada. Es el mejor modo de no equivocarse. De todos modos, también Rusia la tiene, y la tiene USA… Y, a lo peor, hasta la tienen los chinos, que son muy, malos, regún se dice. ¿Realmente considera que esa rueda de prensa, o conferencia del señor Nasser será importante?

—Eso no lo sé. Pero estarán allá representantes de los diarios más importantes de todo el mundo… ¿Cree que el *Morning News* merece ese honor?

—El *Morning News* no sé. Pero yo sí. Me gustará escuchar las… belicosas manifestaciones de Gamal Abdel Nasser. De acuerdo: saldré para El Cairo. Por supuesto, este es un trabajo extra, que, como de costumbre, merecerá unos… honorarios… especiales… ¿No?

—Como de costumbre —gruñó Grogan.

—Magnífico. Le salgo muy cara, querido. ¿Por qué no envía a otro reportero? Le saldría más barato.

—Pero no se venderían dos o tres ediciones —sonrió Grogan.

—Ajá… Así me gusta, amor… Lo que más fastidia a los profesionales de cualquier actividad es que no les reconozcan sus méritos. Y todavía se sienten más fastidiados cuando ese reconocimiento no se traduce en dólares.

—Es usted repugnantemente interesada.

—Es posible. Pero siempre me pregunto lo mismo: ¿por qué ha de tener usted el dinero que me corresponde a mí? *Ciao*, jefe… Si tengo tiempo, le enviaré una postal.

Se dirigió hacia la puerta…

—¿Así se despide? —protestó Grogan.

La espía más hermosa del mundo sonrió, se acercó a él, le pasó los bracitos por el cuello, y acercó su boquita a la de Miky Grogan. Y, de pronto, alzó la voz:

—¿Acaso quiere que le bese? —Alzó aún más la voz—. ¡Nunca, antipático! ¡Y quíteme las manos de encima, granuja!

Se apartó del petrificado Miky Grogan, fue a la puerta, la abrió de tal modo que la secretaria personal del director del *Morning News* podía ver a este, y todavía exclamó:

—¡Es usted un sinvergüenza!

Y desapareció, dejando a Miky Grogan bajo la mirada de los desorbitados ojos de su secretaria.

* * *

—Él la está esperando, señorita.

—¿Quién?

—El espía… Ese señor que siempre la envía a sitios peligrosos: el tío Charlie.

—Oh… ¿Crees que ha venido en visita de cortesía, Peggy?

La doncella de la superespía movió negativamente la cabeza.

—Ese señor nunca viene en visita de cortesía. La enviará a cualquier sitio… hasta que, al final, la maten.

—Lagarto, lagarto… ¿Quieres traernos dos *martinis*?

—Sí, señorita.

Brigitte entró en el fantástico *living* de su apartamento de la Quinta Avenida neoyorquina. Y, efectivamente, Charles Pitzer, su jefe directo en la CIA, estaba allí, de espaldas a la puerta, mirando hacia el Central Park por el grandioso ventanal.

—Cuánto bueno por aquí, tío Charlie… ¿Me busca a mí?

—¿A quién, si no?

—Bueno… Como algunas veces le he visto mirando las piernas de Peggy… Venga, siéntese aquí, a mi lado. Además, está autorizado a mirar mis piernas. Hoy me siento generosa.

Se sentó en el sofá, mostrando, realmente, las magníficas piernas; pero Charles Pitzer no sabía si mirar allí o el formidable escote agudísimo. Por último, y como quiera que Brigitte lo miraba a él irónicamente, optó por mirar un cuadro.

—Esto… Tengo un trabajo para usted.

—Alguien se va a llevar un disgusto.

—¿Cómo dice?

—Que alguien se llevará un disgusto cuando observe que antepongo los trabajos de la CIA a los del *Morning News*… ¿Qué es lo que ocurre en el mundo esta vez?

—No lo sabemos a ciencia cierta. Pero puede ser muy importante. Por el momento, nos han matado a un agente.

Brigitte dejó de mirarse los piececitos descalzos, y su mirada pareció congelarse.

—¿De veras?

—Nunca bromeo con estas cosas —gruñó Pitzer.

—Ni yo. ¿Sabemos quién ha sido?

—No el nombre, pero sí tenemos una fotografía suya, y se le está buscando, con muchas probabilidades de éxito. En realidad, el hombre del cual tenemos la fotografía y la pista para localizarlo no fue el asesino directo, sino dos compañeros suyos que le estaban esperando en el aeropuerto.

—Por el hilo se llega al ovillo. ¿Cómo sucedieron exactamente las cosas?

—Nuestro hombre siguió la presa, tomando el mismo avión. Al llegar al aeropuerto, dos hombres le estaban esperando. Y esos dos hombres mataron al nuestro. De seis navajazos.

Peggy apareció con los *martinis*. Brigitte tomó uno, y se quedó mirando el transparente aperitivo, impasible el rostro.

—¿Murió instantáneamente?

—Claro.

—Entonces… ¿quién nos avisó?

—Otro de nuestros agentes que estaba esperando al que llegaba de Roma siguiendo a la presa.

—¿Y ese agente… no ayudó al que llegaba de Roma?

—No.

—¿Por qué?

—Usted irá allá y se lo preguntará. Después, se dedicará…

—Se lo preguntaré —musitó la espía, sombría—. ¿Y si no me convence su explicación?

—Mátelo. No necesitamos traidores en la CIA.

—¿Cree que puede ser una trampa contra otro agente más

importante que se desplace para resolver el asunto que empezó el agente que mataron?

—Todo es posible en nuestra profesión, Brigitte.

—Cierto. ¿A qué me dedicaré después?

—Localizará al hombre que nuestro agente estaba siguiendo desde Roma, y se enterará de lo que están tramando. Una vez lo sepa, ya no necesita usted instrucciones de nadie: haga lo que siempre hace… Esto es, zanjar la cuestión a su manera.

—De acuerdo. ¿Adónde debo ir?

—A El Cairo.

Brigitte alzó las cejas, abrió el bolsito y sacó un papel, con el que empezó a abanicarse graciosamente, en silencio. Pitzer la estuvo mirando unos segundos, antes de gruñir:

—¿Qué es ese papel?

—Un pasaje de avión para El Cairo. Salgo dentro de dos horas.

—Pe-pero… pero… pero… —Quedó turulato Pitzer.

—¿De qué se asombra, querido? ¿Acaso no soy la espía número uno del mundo?

Capítulo II

A primeras horas de la madrugada del siguiente día, la espía internacional llegaba a El Cairo. Era el día uno de junio y había en el ambiente una gran tensión, incluso a aquella hora. Estaba claro que la opinión general era que el fuego con Israel se rompería pronto.

La llegada de una ciudadana norteamericana no causó precisamente placer. En la aduana, todas sus cosas fueron meticulosamente revisadas, aunque, por fortuna para Brigitte, los empleados aduanales no parecían haber recibido clases de espionaje. De este modo, todo el contenido de su maletín pasó ante tres pares de ojos sin que ni una sola de las pequeñas trampas de los diminutos artefactos fuese descubierta. La pistola mereció una especial atención; los egipcios estuvieron mirando aquella pequeña obra de arte, con cachas de madreperla. Parecían indecisos, pero Brigitte los convenció de que era poco más que un juguete «que nunca había sido usado», y que realmente lo estimaba más por ser regalo de un buen amigo que por la utilidad que pudiera reportarle. Su pasaporte en regla, su credencial de periodista enviada por el *Morning News* para la rueda especial de prensa de Abdel Nasser, y su encantadora sonrisa, tan dulce y luminosa, no podían encontrar obstáculos.

Un egipcio de larga y sucia chilaba se hizo cargo de sus maletas, y le consiguió un taxi. Brigitte le dio una buena propina, que pareció dejar muy satisfecho al egipcio. Y no se sorprendió en absoluto cuando este, mientras tomaba el dinero, musitaba:

—Hotel Continental.

Como si nada hubiera oído, Baby se desentendió del hombre, entró en el taxi, y pidió:

—Lléveme al hotel Continental.

El chófer no hablaba inglés, ni francés, ni nada que no fuese

árabe. Afortunadamente, el de la chilaba todavía estaba por allí, pareció comprender el pequeño apuro, y golpeó en el cristal de la portezuela. En su defectuoso pero comprensible inglés, preguntó si algo iba mal. Puesto al corriente, se dirigió al chófer, le dijo unas palabras en árabe, y todo quedó arreglado.

Casi a las tres de la madrugada, Brigitte Montfort llegaba al hotel. Grande, bien remozado hasta el punto de que no parecía antiguo, adornado con grandes plantas, parecía un lugar agradable y cosmopolita. Estaba en Sharia Kamel, delante mismo de los más famosos jardines de El Cairo, la plaza de El Ezbekiyeh, en el centro mismo de la bella ciudad.

Pareció que había algunas dificultades para la admisión de más clientes, habida cuenta de que algunas de las *suites* todavía desocupadas habían sido encargadas, reservadas desde diversos puntos del globo… No obstante, la persuasión de la espía era mucha, y minutos después un botones vestido a la europea, de blanco y con un rojo *fez* sobre los rizados cabellos, la conducía hasta la *suite* número 39 del hotel, uno de cuyos ventanales daba precisamente encima de la plaza de El Ezbekiyeh.

Tras una buena propina al botones, Brigitte quedó sola. Se dejó caer en un sillón, con el maletín sobre las rodillas, y sacó la pequeña radio de bolsillo, cuya frecuencia había sido ya retocada para comunicación con la CIA en El Cairo.

—¿Simón? —musitó.

—Bien venida. Espero que me disculpe por no haber ido a esperarla personalmente, pero me ha parecido mejor vigilar sus espaldas.

—Agradecida. ¿Alguien me ha seguido?

—No. Todo va bien.

—Supongo que el egipcio del aeropuerto es amigo suyo. Me refiero al que se ocupó de mi equipaje, me buscó un taxi y me susurró que me alojase en el hotel Continental.

—Se llama Karfa. En efecto, es amigo mío. De toda confianza, sin lugar a dudas.

—Estupendo. ¿Cuándo nos vemos?

—Yo la llamaré…

—¿Cuándo?

—Cuando convenga. Nuestro hombre está alojado en el hotel

Continental, pero ha tenido un par de contactos interesantes que quisiera estudiar antes de ponerme directamente en contacto con usted… Ya hablaremos. De momento, descanse. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Bien, pero pesado. Demasiadas horas de avión.

—Duerma unas horas. Presiento que se está tramando algo muy serio, y quisiera que estuviera en condiciones de hacer honor a su fama… Recibí noticias advirtiéndome de que la ayuda que esperaba era nada menos que Baby. Pero supongo que hasta Baby necesita descansar.

—Espero su llamada, Simón.

—Buenas noches, Baby.

Brigitte cerró la radio, la guardó, y quedó pensativa. Estuvo así el tiempo que tardó en fumarse un cigarrillo. Luego, con una rapidez fruto de la experiencia y la costumbre, colocó su equipaje en el armario, guardó allí las dos maletas y se acostó.

Como era habitual en ella, un minuto después dormía profundamente.

* * *

El suave zumbido de la radio la despertó instantáneamente. La tomó de la mesita de noche, al tiempo que miraba la hora en su relojito de pulsera. Las nueve y media.

Admitió la comunicación.

—¿Baby?

—Diga, Simón.

—Buenos días. ¿Estaba durmiendo?

—Sí.

—Espero que…

—He dormido más que suficiente. Quiero llevar este trabajo con toda rapidez… Sería muy desagradable que se rompiese el fuego entre Israel y la RAU estando yo todavía en El Cairo. ¿Noticias?

—Sería conveniente que nos viésemos.

—Por supuesto. Puedo estar lista dentro de diez minutos.

—No, no… Tómese las cosas con un poco de calma. Nuestro hombre está en su hotel, de modo que no sería conveniente que se enterase de que una viajera que llegó a las tres de la madrugada ya

está en pie a las nueve… Hay que prevenir cualquier pequeño fallo. ¿Conoce El Cairo?

—Muy poco.

—Pero sí sabrá donde está la plaza Rumeleh.

—Iré allá. ¿Hora?

—Dé primero un paseo por El Ezbekiyeh… Es lo normal en cualquier viajero que llega a El Cairo y se aloja en el Continental. Luego, salga de El Ezbekiyeh directa a la Sharia de Mohammed Ali, que llega en línea recta a plaza Rumeleh. Nos veremos allá a las once. ¿Usted me conoce?

—Me mostraron una buena fotografía suya antes de partir de Estados Unidos.

—Bien… ¿Cómo la conoceré yo a usted?

—Yo le buscaré a usted, Simón.

—De acuerdo. Hasta las once.

Brigitte saltó de la cama. Se bañó, se perfumó discretísimamente, se colocó la pistolita en el muslo izquierdo, sujetándola con esparadrapo color carne, y se puso un vestidito azul claro, de tirantes delgadísimos y transparentes. Lentes de sol, un bolsito en el que introdujo la radio, cigarrillos, la boquilla-cerbatana y el encendedor-cámara, y estuvo lista para cualquier trabajo.

A las diez, desayunaba en el comedor del hotel. A las diez y media estaba paseando por la plaza de El Ezbekiyeh, admirada en verdad ante el maravilloso espectáculo de las flores, setos, palmeras, naranjos… A las once menos cuarto salía de la plaza, directa a Sharia Mohammed Ali. Tomó un taxi y se hizo llevar hasta la plaza Rumaleh.

A las once menos dos minutos estaba paseando por esta. A las once y un minuto había localizado ya a Simón. Pero no se acercó, todavía.

Durante tres o cuatro minutos estuvo estudiándolo, a prudente distancia, mientras parecía maravillada vuelta hacia la mezquita del sultán Hasan, boquiabierta.

Simón era rubio, fumaba en una boquilla que parecía de marfil, vestía un traje blanco, con elegancia natural en sus anchos hombros, y tenía un rostro seco y duro, de mentón agresivo. Un conjunto muy agradable… Pero, claro está, los traidores no tienen

por qué ser feos, precisamente.

Hasta las once y diez, cuando ya Simón había mirado varias veces su reloj y a ella otras tantas, no se acercó Brigitte. Se detuvo ante él, en silencio, entornando los hermosos ojos tras los oscuros cristales de los lentes.

Fue Simón quien musitó:

—¿Baby?

—Sí.

—¿Qué le ocurre? Hace un buen rato que la estoy viendo por aquí… Ya empezaba a dudar que fuese usted mi contacto. La cita era a las once, ¿no?

—Ya conoce a las mujeres —sonrió secamente Brigitte—: nos gusta hacernos esperar.

—¿Cree que es momento para tonterías? —Gruñó Simón.

—Desde luego que no. ¿Nos sentamos en un banco?

Simón asintió con la cabeza. Ocuparon uno bajo una alta y frondosa palmera, y Brigitte, tras encender un cigarrillo contemplando el pintoresco gentío que cruzaba por Rumaleh, musitó:

—¿Y bien? ¿Por dónde empezamos?

—Lo decidiremos más adelante. De momento, puedo decirle que ya sé el nombre del individuo que nuestro compañero estuvo siguiendo desde Roma. Se llama Stanley Perkins. Norteamericano. ¿Quiere ver una microfoto de él, ampliada?

Se la tendió. Brigitte estuvo unos segundos contemplando el rostro del hombre pecoso. Tenía una expresión simpática, y su aspecto no podía inspirar más confianza. El clásico americano saludable, de mente despierta, bienhumorado, alegre…

—Es periodista —explicó Simón—. En el hotel Continental está alojado con ese nombre: Stanley Perkins. Y se ha presentado a sí mismo como reportero del *Chicago Daily*, destinado como corresponsal en Roma.

—¿Y no es cierto?

—Lo sabremos quizás esta tarde.

—Bien… ¿Por qué lo seguía nuestro compañero de Roma?

—Yo recibí una llamada de Roma, advirtiéndome de la llegada de Romano…

—¿De quién?

—Llamo Romano a nuestro compañero que siguió a Perkins desde Roma.

—Oh… Muy acertado. Siga.

—Me avisaron de Roma de que Romano llegaba. Me lo describieron, advirtiéndome de que él tenía también una descripción mía, y que sabía que yo lo estaría esperando. Yo debía apoyarlo en sus movimientos por El Cairo investigando a Stanley Perkins. De modo que le esperé en el aeropuerto, ya preparado un coche en el *parking* para nuestros desplazamientos. A la hora prevista, llegó el avión. Vi a Romano, y al hombre que él seguía, Stanley Perkins.

Perkins fue directamente a un coche del *parking,* y tanto Romano como yo estábamos tan absortos en eso que no prestamos la debida atención a dos hombres que se acercaron por detrás a Romano. Fue por eso que cuando vine a darme cuenta…

Simón explicó lo ocurrido en el aeropuerto, sin ser interrumpido por Brigitte ni una sola vez.

—… Luego, llamé a Casablanca, y de allá pasaron el aviso a Washington. Por el mismo conducto, y a la inversa, recibí luego noticias de que la agente Baby se desplazaría a El Cairo para trabajar conmigo… Y aquí estamos.

—Eso parece. ¿Por qué seguía Romano a Stanley Perkins?

—En Roma, nuestro servicio tenía bajo vigilancia a un hombre llamado Rossano Merletti. Parece que es un… espía profesional independiente, aunque se tienen sospechas de que está trabajando concretamente para un país…

—¿Cuál país?

—No se sabe.

—Ya… ¿Vieron a Stanley Perkins en contacto con ese Merletti?

—Exactamente. Pocos días después, Stanley Perkins salía para El Cairo. Romano fue el encargado de seguirlo… Cualquier actividad que en estos días tenga por escenario El Cairo es muy interesante para la CIA.

—Y para la MVD, y el MI5… Para todos… ¿No?

—Supongo que sí.

—Bien… ¿A qué venía… o ha venido Stanley Perkins a El Cairo?

—Todavía no lo sé. Espero que usted me ayude a ello.

—Sin duda. A fin de cuentas, lo tenemos localizado…

—Tenemos algo más. Anoche Stanley Perkins estuvo en una callejuela del barrio Bulak, al otro lado del Nilo, cerca del Canal Ismaliyeh. Precisamente en esa calleja se… «perdió» el auto que estaba esperándolo en el aeropuerto.

—Se perdió. Cosa chocante, eso de perderse un coche…

—En efecto.

—¿Siguió usted el coche después de que mataron a Romano?

—Lo siguió Karfa, que estaba vigilando desde otro lugar. Tenemos su matrícula, y el nombre de su propietario. Es un egipcio llamado Boabdil Habuz, que tiene una lujosa tienda de artículos para fumador en el Bulevar Halim, barrio de Tewfikiyeh, precisamente cerca del Canal Ismailiyeh.

—¿Y qué hacía el auto «perdiéndose» al otro lado del canal?

—Se supone que Boabdil Habuz tiene allá una casa, o almacén… Pero aún no lo hemos localizado exactamente.

—¿Cómo es eso posible?

—Bueno… No sé si usted conoce bien el sistema de construcción árabe. En esas callejas, todo engaña. De pronto se encuentra con que no puede seguir adelante; o, al revés, cuando cree que está encerrada, ve de pronto un resquicio, y aparece en una calle más ancha; hay escaleras que suben, escaleras que bajan, escaleras que no llevan ninguna parte… Hay puertas pequeñísimas, tras las cuales puede usted encontrar una casa de enormes dimensiones, grandes pasillos, derivaciones hacia toda la manzana…, por llamarla de alguna manera; hay puertas grandes que nos sugieren una gran casa amplísima, y cuando las cruza, solo ve una habitación, o una cuadra… No es fácil encontrar a alguien en esos lugares.

—Ya sé… Estuve en Alejandría no hace mucho[1]. Pero me parece que un coche debe de ser más fácil de encontrar… ¿No cree?

—Mire… Si hubiese sido yo el encargado de buscarlo, admitiría que era un torpe muchachito capaz de perderse por esos intrincados callejones. Pero el encargado de eso hasta que tuvo que ir a esperarla a usted al aeropuerto, fue Karfa. Karfa tiene casi cuarenta años, ha nacido en El Cairo, y jamás se ha movido de esta ciudad. Si él no encuentra ese auto, imagínese cómo estará de difícil la cosa.

—Bien… Veamos: tenemos que Romano sale de Roma siguiendo a Stanley Perkins, el cual ha estado en contacto con Rossano Merletti, el cual parece que actualmente trabaja para un país que

desconocemos. Stanley Perkins llega a El Cairo enviado por Rossano Merletti, y le está esperando un auto propiedad de un egipcio llamado Boabdil Habuz, que tiene una lujosa tienda de artículos para fumador en el Bulevar Halim. El auto propiedad de Boabdil Habuz desaparece en una calleja del barrio Bulak, al otro lado del Canal Ismailiyeh, y suponemos que está ahora escondido en algún almacén que tiene en esa parte de la ciudad Boabdil Habuz… Ignoramos cuál es ese almacén donde probablemente está el auto, pero tenemos localizados a Stanley Perkins y a Boabdil Habuz… ¿*Okay*?

—Perfecto.

—Ahora, tenemos que saber a qué ha venido Stanley Perkins a El Cairo, enviado por Rossano Merletti y recibido por Boabdil Habuz.

—Exacto.

—Empezaremos enseguida… ¿Dónde tomó esta foto de Perkirs?

—En el aeropuerto. Si va a preguntarme si tomé también las de los dos hombres que mataron a Romano, le diré que sí. Véalas. No son muy buenas, porque reaccioné cuando ellos ya estaban entrando en el coche.

Brigitte tomó las fotografías. Eran tres, y en todas ellas se veía a los dos hombres, vestidos a la europea, de blanco. Uno de ellos llevaba un *fez*.

—Parecen egipcios —musitó Brigitte—. ¿No los ha vuelto a ver?

—No.

—Por supuesto, ignora sus nombres.

—Por supuesto. Pero yo los he… bautizado. Al del *fez*, lo llamo «X», y, al otro, «Z». Karfa lo sabe, y si viese a alguno de ellos, me lo comunicaría en cuanto fuera oportuno. Aunque quizá, debido a las malas fotografías no resultarán fáciles de reconocer…

—Yo los reconoceré en cuanto los vea —musitó Brigitte—. Puede estar seguro de eso, Simón. Y… quiero hacerle a usted una pregunta que espero tendrá una respuesta… convincente.

—Ya sé. Va a preguntarme por qué no ayudé a Romano.

—En efecto —admitió fríamente Baby.

—Es una pregunta que estaba esperando, naturalmente. Pero me pareció que me la formularían desde Washington. En lugar de eso, la envían a usted…

—Hay un motivo muy poderoso para que me hayan enviado a mí en lugar de perder el tiempo con preguntas, Simón. En primer lugar, se teme que se esté intentando algún «affaire» de importancia en El Cairo, y, por tanto, la agente Baby está muy… indicada para meter las naricitas en él. En segundo lugar, se parte de la base de que yo soy capaz de ver la verdad o la mentira en una explicación. En tercer lugar, y esto es fundamental, en Washington saben que si hay algo que realmente me impulse a un trabajo feroz, con todas mis fuerzas, es el asesinato de uno de mis compañeros. Según parece, en Washington están convencidos de que, si se trata de vengar a un agente de la CIA, Baby no puede fallar jamás.

—¿Se le ha sugerido que yo puedo ser un traidor?

—Yo no necesito sugerencias de nadie, Simón. ¿Por qué no ayudó a Romano?

—Se lo explicaré. Cuando aquellos dos hombres, «X» y «Z», empezaron a clavarle sus navajas, yo estaba a más de treinta pasos. No podía, por tanto, llegar a tiempo de impedir nada. Si utilizaba la pistola, quizá salvaría la vida de Romano, pero, indudablemente, tanto este como yo seríamos apresados por la Policía egipcia. Probablemente, Romano, ya con dos o cuatro navajazos en los riñones, moriría de todos modos, mientras que yo tendría que dar muchas explicaciones a los egipcios. Mientras tanto, aun suponiendo que yo hubiese matado a «X» y «Z», Stanley Perkins habría escapado…, a menos que también lo matase a él, cosa que no interesaba. Veámoslo ahora desde otro punto de vista: Romano estaba condenado a muerte… Quizás habría vivido unas horas o unos días más, pero usted… usted tuvo que ver aquellos navajazos: mortales de necesidad. Entonces, si Romano iba a morir de todos modos, me pareció mejor dejar marchar a Stanley Perkins sin intervenir, de modo que él se fuera convencido de que todo estaba solucionado, y que ya nadie le vigilaba. Espero que lo esté entendiendo, Baby: Romano iba a morir forzosamente. Si yo intervenía, lo estropeaba todo, ya que pondría en guardia a Stanley Perkins y a «X» y «Z». Y si los mataba a los tres, peor para el trabajo que había empezado Romano… Por tanto, me quedé con las ganas de sacar la pistola, y permanecí allí como un espectador más, asombrado…, mientras sabía que Karfa seguiría el auto. ¿Le parece una explicación convincente?

Brigitte se había quitado los lentes de sol, y en todo momento sus azules ojos permanecieron fijos en los grises del rubio Simón. Cuando este terminó la explicación y efectuó la pregunta, Baby se limitó a replicar:

—Me parece una explicación con mucha lógica.

—¿Pero no convincente?

—Bastante convincente, la verdad.

—¿Entonces…?

—Seguiremos adelante usted y yo con este asunto. ¿Ha habido alguna dificultad respecto al cadáver de Romano?

—No. La Policía egipcia se puso en contacto con la embajada USA de Roma, y el cadáver será enviado allá, para que siga luego el viaje hacia la patria. A todos los efectos, Romano era un pintor americano dedicado en Roma a la «dolce vita», lo cual quizá trajo consigo el granjearse no pocas enemistades. Se ha podido capear bien el temporal.

—Me alegro. Ahora, nosotros vamos a dedicarnos con gran esmero a Stanley Perkins…

—De día va a resultar un poco peligroso moverse por el barrio Bulak… En el sentido de que pueden vernos con más facilidad se entiende. Por lo demás, ir allá de noche está considerado como el cincuenta por ciento de un suicidio. Eso, aparte de que una mujer tiene algo más que la vida, para perder.

—Entiendo —sonrió fríamente Brigitte—. Pero no se preocupe por mí, Simón. Hace años que aprendí a cuidar muy bien de mi persona… en todos los sentidos. Me gusta vivir, y hago todo lo posible por continuar adelante con esta grata vida… sin nada que la nuble. No hay en todo el barrio Bulak un solo hombre capaz de conseguir de mí lo que yo no esté dispuesta a entregarle.

Simón alzó las cejas, casi divertido.

—Bien… Espero que no suceda nada, de todos modos.

—Usted y Karfa sigan buscando dónde está el auto de Boabdil Habuz en esa calleja. En cuanto descubran el escondite, me llama por la radio.

—¿Se ocupará usted mientras tanto de Habuz y Perkins?

—¿Para qué? Durante el día, dejaremos volar libremente a esos pichones. Y a la noche, buscaremos el modo de cazarlos en una trampa.

—No será tan fácil como usted lo pinta —sonrió Simón.

—En esta vida, Simón, solo hay una cosa relativamente fácil: morir. Lo demás lleva siempre no poco trabajo. Y como nosotros estamos aquí para trabajar, el problema no existe… ¿*Okay*?

Capítulo III

Stanley Perkins alzó la cabeza, vivamente sorprendido, y se quedó mirando a la hermosa muchacha que le había hecho la pregunta.

—Sí… En efecto… Soy norteamericano.

—¿De USA?

—Pues sí… —Casi sonrió Stanley Perkins—. De USA, claro.

—¿Y es cierto que, además, es periodista?

—También eso es cierto, sí…

—¡Hurra! ¿Puedo sentarme con usted?

—Mmm… Bueno…

La muchacha se apoyó con una mano en la mesa, mientras con la otra continuaba sosteniendo con no demasiada seguridad el *martini* cargadísimo de hielo… y de *martini*. Sus hermosos ojos azules mostraron casi espanto.

—No me diga que no —gimió—. Señor Stracy, no me diga que no, se lo suplico…

—Stanley Perkins —aclaró este—. No; Stracy, no… Stanley Perkins. ¿Se encuentra usted bien, señorita?

—Muy bien —hipó la muchacha de los ojos azules, casi llorando infantilmente—. Sobre todo, ahora que oigo a alguien hablando de un modo que puedo entenderlo, porque… ¡Hip! Perdón.

Perkins miró amablemente el cargadísimo *martini* que la muchacha tenía en una mano. Luego, miró a su alrededor, un tanto cohibido, y no poco preocupado por la expectación que aquella chica estaba despertando en el bar del hotel.

—Creo que será mejor que se siente —intentó sonreír—. Desde luego, lo está necesitando.

Ella se dejó caer en una silla, delante de él. Alzó el vaso de *martini* y miró a Perkins a través del transparente aperitivo, sonriendo como si se sintiera muy feliz.

—Siempre lo he dicho: donde esté un chico de USA todo tiene

que ir bien… ¿Quiere creer que ni siquiera hace veinticuatro horas que he llegado a El Cairo y ya… ¡hip!… ya empiezo a estar harta de todo esto?

—Sin ánimo de ofenderla, señorita, creo que de lo que está usted harta es de *martinis*… ¿Se siente bien, de veras?

—Me siento… como una reina que… ¡hip!… Como una reina que acaba de encontrar su trono… ¿Usted sabe por qué existe Egipto?

Stanley Perkins quedó poco menos que estupefacto. Se rascó furiosamente la nuca, y acabó por volver a sonreír.

—Supongo que es un designio de los faraones.

—¡Los faraones…! ¡Bah! ¡Hip!

Perkins acabó por echarse a reír.

—¿Cuál es su problema, señorita? —preguntó.

—Pues es un problema bastante tonto… Se lo voy a decir, para que se ría: mi problema es hablar únicamente inglés… Es… ¡hip!… un problema terrible. Ah, no, no… Cuando mi jefe quiera enviarme a otro lugar fuera de Estados Unidos, le diré… ¿Usted conoce a mi jefe?

—Temo que no…, por el momento.

—Es… un tipo alto, con la cabeza muy grande, mirada inteligente, tiene unos cuarenta y cinco… ¡hip!… años, y está al frente de ese maldito periódico llamado *Morning News*…

—¿Es usted de Nueva York?

—¡Acertó! ¿Sabe lo que le diré a mi jefe?

—¿Qué le dirá?

—Que se vaya él a Egipto o adonde quiera… ¿Adónde diría que me envió una vez?

—¿Adónde? —sonrió Perkins.

—¡A Hong Kong! ¿Se da cuenta? ¡A Hong Kong! Un sitio donde solo hay chinos, gente de color amarillo, con sombrero como pantallas para las bombillas, y coletas, y que van de un lado a otro con esos asquerosos artefactos llamados… llamados…

—¿*Rickshaws*?

—Algo así… Cuando me envió a Hong Kong, pensé que me hacía un favor, que me enviaba a conocer el mundo… ¡El muy cochino!

Perkins volvió a reír.

—Parece que ha bebido usted demasiado, señorita…

—Montfort. Brigitte Montfort, enviada a El Cairo para eso que tiene pendiente el señor Nasser… Llegué anoche, estoy harta de este lugar, y he ido a conserjería y les he preguntado si no habría por aquí algún chico americano con el que se pudiera hablar de cosas bonitas… Y me han dicho: «Allá tiene usted al señor… rnmm… Stanley Perkins, que también es americano y periodista»… Y, entonces, mi quinto *martini* y yo nos hemos venido a esta mesa… ¿Molestamos?

—No demasiado.

—¡Hip!

—¿Cómo dice?

—He dicho «gracias». ¿Usted también ha venido por eso del señor Nasser?

—En efecto.

—Largo viaje, ¿verdad? Uno se muere de asco en un avión que todo lo que sabe hacer es volar, volar, volar…

—Sería fatídico que hiciese otra cosa, señorita Montfort. Si me aceptase una sugerencia…

—¿Cuál?

—No beba más *martinis*.

—¡Estupendo! ¿Qué otra bebida me aconseja?

—Bueno… Creo que un poco de café le sentaría bien.

—¡Hip! ¡Café antes del almuerzo! ¡Usted es todo un grandioso sádico, señor Perkins!

—Quizás aceptaría otra sugerencia menos sádica —rio el pecoso americano—. Un buen almuerzo y luego un par de tazas de café.

—Ni hablar de eso, señor… ¿Usted entiende el árabe?

—Ni palabra.

—¡Igual que… hip… yo! Y, por tanto, señor Perkins, no conseguirá desembarazarse de mí.

—Lo pensaré —sonrió de nuevo Stanley Perkins—. De momento, almorzaremos juntos. Luego… ya veremos —insistió él en su primitiva idea.

—¿Puedo… tocarlo?

—¿Cómo…?

—Quiero convencerme de que usted es norteamericano… A ver, diga conmigo: ¡Viva el Tío Sam!

—¡Viva el Tío Sam! —rio Perkins.

* * *

—¡Viva el Tío Sam!

—Viva… —sonrió Perkins—. Temo que el café no le ha hecho mucho efecto, señorita Montfort.

—Se… equivoca… Tengo un sueño… espantoso… ¡Viva… hip… el Tío Sam!

Stanley Perkins abrió la puerta de la *suite* de Brigitte, y la ayudó a entrar. Cerró, se pasó un brazo de la espía por un hombro, y la sostuvo hasta llegar al dormitorio. La dejó caer en la cama, y se quedó mirándola afablemente.

—¿Dónde me ha… traído?

—Al dormitorio. Al suyo. Porque ha comido muy poco y ha bebido mucho…

—¿Sabe algún verso?

—Bueno… No sé… En este momento…

—Cualquier verso, querido Stanley… Cualquiera…

—Pues… Veamos si recuerdo… Mmm… «Gime el viento de marzo llevando la muerte en su abrazo, la muerte seca, áspera y fría que nos acecha día a día. En su espantosa soledad espectral donde todo es siempre igual a la muerte, yace y gime el doliente ser que en su noche»… Señorita Montfort… ¡Señorita Montfort!

Un gracioso resoplido fue toda la respuesta que obtuvo Stanley Perkins, que sonrió y se rascó la nuca. Luego fue al ventanal, corrió la cortina dejando el dormitorio en penumbra, y regresó junto al lecho. Durante unos segundos, estuvo contemplando el dulcísimo rostro de la muchacha que se aburría en El Cairo. De pronto, se inclinó hacia los tiernos labios entreabiertos, y los besó. Al instante, los finos bracitos de la muchacha se alzaron, apretándose en torno a su cuello, y los labios cobraron vida, correspondiendo cálidamente al beso. Consiguió quitarse aquellos bracitos del cuello, y de nuevo se quedó mirando a la deliciosa mujercita.

Decididamente, a menos que quisiera complicar las cosas, lo mejor que pedía hacer era marcharse de allí a toda prisa. Pareció a punto de volver a besar los dulces labios, pero recordó el abrazo de la durmiente, y optó por marcharse.

Se detuvo en la puerta del dormitorio…

—Bueno… Si todo sale bien, nena, seguiremos cultivando esta amistad dentro de unos días…

Segundos después, abandonaba la *suite*.

Y apenas cerrada la puerta de esta, la bella durmiente despertó. Sonriendo, alargó una mano hacia el bolsito, que había quedado en la mesa de noche. Sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno y permaneció pensativa un par de minutos.

Luego, llamó por la radio.

—¿Simón?

—Dígame.

—¿Cómo van las cosas?

—Parece que bien. Karfa ha encontrado una pista. Espero que encontremos pronto el coche de Boabdil Habuz, y, por tanto, el escondite que visitó anoche Stanley Perkins.

—Téngame al corriente.

—Seguro. ¿Qué está haciendo usted ahora?

—Dormiré la siesta. Hasta luego.

Cerró la radio, se sentó en la cama y acabó de fumar el cigarrillo. Luego, fue al armario, sacó su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y de él extrajo el receptor del micrófono que había colocado antes del almuerzo en la *suite* que ocupaba Stanley Perkins. Apretó el botón de recepción, de modo que todo cuanto tuviese sonido en la *suite* de Perkins tenía que llegar hasta ella. Pero no llegó nada. Absolutamente nada.

Cerró el receptor, cerró luego los ojos, y se quedó inmediatamente dormidita como una niña.

* * *

A las siete de la tarde, la bella norteamericana llevaba bebidos ya tres *martinis*, en el bar del hotel. Y en todo momento sus hermosos ojos azules hablan estado mirando hacia la entrada del bar. Parecía profundamente decepcionada.

A las siete y media, de pronto, se levantó y fue al tocador de señoras. Entró, se aseguró de que no había nadie allí, y entonces sacó del bolsito la radio, admitiendo la llamada.

—¿Ocurre algo, Simón?

—Y muy interesante. He recibido noticias de Roma: Rossano Merletti ha desaparecido.

—¿Cómo? ¿Desaparecido?

—Desaparecido. Naturalmente, estaba sometido a una vigilancia muy intensa por parte de nuestros compañeros en Roma. Y de pronto, alrededor de las seis, ha desaparecido.

—Pero… no se puede… desaparecer así, por las buenas. Habrá dejado algún rastro…

—Ninguno.

—Bien… ¿Se han investigado los aeropuertos…?

—Se está haciendo eso. Desde luego, no ha salido por el aeropuerto de Fiumicino, de Roma. No, al menos, con el nombre de Rossano Merletti. Claro está que es probable que pueda utilizar varios nombres… No olvidemos que está catalogado como un espía profesional de intereses… privados.

—No tan privados, si está trabajando para algún país.

—Deben pagarle bien determinado trabajo. Por supuesto, ese trabajo está relacionado con el viaje de Romano a El Cairo, y la llegada de Stanley Perkins desde Roma… Todo tiene que estar ligado, forzosamente.

—En cuyo caso, es más que posible que Rossano Merletti esté camino de El Cairo.

—Eso supongo. Quizá convendría que nos dedicásemos a vigilar el aeropuerto, ya que no creo que se le haya ocurrido viajar en barco… Demasiada lentitud para un espía profesional que en Roma tenía la situación estabilizada. Si ha salido de Roma, tiene que haber recurrido a un medio rápido, para llegar cuanto antes a su nueva residencia.

—El Cairo, claro… Seguramente, disponía de un avión particular… ¿Mantiene todavía contacto con Roma, Simón?

—Puedo conseguirlo cuando quiera, desde luego.

—Llámelos. Dé la orden de que todos permanezcan en sus puestos. Que registren la residencia que hasta ahora ha estado ocupando Rossano Merletti y que…

—Ya lo han hecho. Han encontrado algo… sorprendente.

—¿Sorprendente?

—Una fotografía de Gamal Abdel Nasser.

—¿Una fotografía de…? No comprendo.

—Supongo que usted sabe lo que es una fotografía, Baby.

—Oh, vamos, Simón…

—En la residencia ocupada hasta entonces por Rossano Merletti se ha encontrado una fotografía de Nasser. Una fotografíe de tamaño natural, esto es, de las proporciones exactas del general egipcio. Estaba rota en mil pedazos, y se había intentado quemarla completamente.

—¿Pero no estaba completamente quemada?

—No.

—Quizá no sea de Gamal Abdel Nasser…

—Es de él. Sin ninguna duda, Baby.

—Bien… No sé si entiendo esto… Un italiano que tiene la fotografía del general Nasser en tamaño natural, que la quema, que desaparece… Y ese mismo italiano está en contacto con un egipcio llamado Boabdil Habuz, con un periodista norteamericano llamado Stanley Perkins… ¿Usted entiende algo, Simón?

—Confieso que no. Desde luego, todo esto huele que apesta a espionaje, pero no acabo de vislumbrar la jugada. Un italiano, un americano, un egipcio, la fotografía a tamaño natural de Nasser… Lo siento, pero no se me ocurre nada. Bueno… Si acaso, se me ocurre el tonto comentario de que Rossano Merletti parece un ferviente partidario del general Nasser. Y cuando abandona su residencia intenta ocultarlo quemando la fotografía. Lo indudable es que ha querido deshacerse de ella.

—Todavía es más sorprendente el hecho de que la tuviera. ¿Qué puede importarle Nasser a un espía profesional como Merletti?

—Quizá Rossano Merletti no es italiano, sino egipcio, y estaba llevando a cabo alguna misión en Roma.

—Es posible… Pero dudo mucho que un egipcio en misión secreta en Italia cometa la tontería de tener en su residencia un retrato de Nasser a tamaño natural.

—Es cierto. Bien… No comprendo, de veras.

—Siga en contacto con su amigo Karfa. Yo continúo ocupándome de Stanley Perkins. Tarde o temprano, tendrá que volver a ese callejón del barrio Bulak, y entonces lo seguiré. Estoy segura de que allá estará también el egipcio Boabdil Habuz y el italiano Rossano Merletti.

—Si usted, siguiendo a Perkins, encontrase ese callejón, el sitio

exacto, antes que nosotros, avíseme.

—Así lo haré. Hasta luego, Simón.

Cerró la radio, la guardó en el bolsito, salió del tocador de señoras y volvió a su mesita en el bar del hotel, con el aire de una estupenda chica norteamericana que se está aburriendo de lo lindo. A la hora de la cena, su aburrimiento era absolutamente deprimente. Cenó sola, rechazó café, y, en cambio, pidió que le subieran a la *suite* una botella de champaña francés bien helado, en su correspondiente cubo con hielo picado.

Pero antes de retirarse a su *suite* preguntó por Stanley Perkins en la conserjería.

—El señor Perkins está descansando. Ha dado orden de que nadie le moleste… Parece que se encuentra un poco indispuesto.

—Oh, Bueno, usted… habla bastante bien el inglés… ¿Qué le parece si charlamos un rato, amigo?

El conserje egipcio procuró sonreír cortésmente.

—Temo que voy a estar muy ocupado, señorita Montfort. Quizás en otra ocasión…

—Claro… En otra ocasión… ¿Se acordarán de eso del champaña?

—Desde luego. No obstante, si me permite una… sugerencia amistosa…

—Se la permito, amigo, se la permito de todo corazón…

—Creo que debería retirarse a descansar. Guardaremos su botella de champaña para…

—¿Qué clase de servicio hay en este hotel? He pedido una botella de champaña, y quiero una botella de champaña… ¿Está claro?

—Será servida inmediatamente.

—Eso está… mucho mejor… Sí, señor amigo mío: mucho mejor… Pobrecito Stanley, está malito…

El conserje se quedó mirando con hiriente sarcasmo a la deplorable muestra de las ciudadanas norteamericanas… Posiblemente, se habría quedado turulato de haber visto a la tal ciudadana americana apenas entrar en su *suite* erguida, firme sobre sus lindos pies, fruncido el ceño, sin el menor síntoma de haber bebido más de la cuenta.

La puerta quedó cerrada con llave por dentro, y la espía volvió a

recurrir a su receptor. No se oía nada. Absolutamente nada. Esto hizo que el ceño de Brigitte se frunciera todavía más, ya que, desde luego, la historia de la indisposición de Stanley Perkins no sería ella quien la creyera.

Miró su reloj. Eran las nueve y veinte minutos de la noche. Y hacía falta estar muy indispuesto para no haber acudido a la hora de la cena al comedor.

Una fotografía de tamaño natural de Gamal Abdel Nasser.

¿No era intrigante aquello? En El Cairo se veían por todos lados. Posiblemente, en todas las ciudades de Egipto. Pero… ¿qué pintaba una fotografía del dirigente egipcio en una residencia de la ciudad de Roma? ¿Y por qué había sido quemada? ¿Qué estaba ocurriendo…?

La llamada, a la puerta casi la sobresaltó. Era el camarero encargado de servirle el champaña. Le dio una propina, lo despidió, y volvió junto al receptor, con la bandeja en una mano. La dejó sobre la cama, destapó la botella y se sirvió una copa. Esperaría una hora más. Solamente una hora más. Si para entonces el silencio persistía en la *suite* de Stanley Perkins, tendría que entrar allá por sus propios medios.

* * *

Hacia la diez de la noche, ya mediada la segunda copa de champaña, y dos cigarrillos en el cenicero, oyó el sonido de un timbre en el receptor. Se sentó inmediatamente, acercándose más al aparato…

Oyó las tenues pisadas. Luego, la voz de Stanley Perkins, algo lejana… No pudo entender lo que decía. Pero, afortunadamente, Perkins regresó al dormitorio, y entonces sí pudo oír su voz con toda claridad:

—… ¿Ha habido ningún contratiempo?

—Ninguno, Perkins. Está claro que la CIA me estaba vigilando estrechamente, pero todo estaba calculado y planeado; logré burlarlos con bastante facilidad. Aunque, para serle sincero, le diré que prefiero cruzar el Mediterráneo en una línea regular de pasajeros que en una avioneta particular. ¿Vio ya a Boabdil Habuz?

—Desde luego. Hubo una contrariedad a mi llegada…

—Era de esperar, puesto que un agente de la CIA le siguió a usted. Pero entiendo que la cosa se solucionó, ¿no es así?

—Se solucionó… de un modo algo brutal.

—Tiene razón. Pero usted va a ganar en esto un millón de dólares. No sé si ha hecho cargo exacto de la cifra, Perkins: un millón de dólares. Con ese dinero puesto en un banco de Suiza, puede usted vivir el resto de su vida como un potentado en los mejores lugares de Europa: Niza, Capri, Palma de Mallorca, Cannes, Roma, Saint Moritz o Cortina d'Ampezzo, París, Viena, Madrid… Europa a su disposición… Supongo que no está pensando en echarse atrás, Perkins.

—¡Claro que no!

—Bien… ¿Han recibido ya la invitación oficial a la rueda de prensa de Nasser?

—Todavía no.

—Mmm… Espero que la guerra no se adelante a nuestros planes. Si estallase decididamente el conflicto, cabe esperar que Nasser suspendiera esa conferencia a los periodistas de todo el mundo. Y eso no nos conviene. ¿Ha practicado ya con la cámara fotográfica?

—Anoche. Parece que no es demasiado difícil.

—No se confíe. Tenga en cuenta que no es lo mismo unos entrenamientos que la realidad.

—Ya lo tengo en cuenta. Mire, Merletti, no es que me importe, pero… ¿quién nos paga por hacer esto?

—¿No dice que no le importa? Pues no pregunte.

—¿Usted tampoco pregunta?

—Tampoco. Me pagan lo bastante bien como para que la cuestión me deje indiferente Me encargaron un trabajo, recluté a los hombres apropiados, les pago espléndidamente, y eso es todo. Yo soy un espía profesional, Perkins: trabajo para quien mejor me paga. En esta ocasión, el pago merece la pena de arriesgar el pellejo. Por lo menos, eso pensó usted cuando le cité en Roma.

—Ya le he dicho que no he cambiado de opinión.

—Magnífico. ¿Está bien instalado? ¿Algo no va como debería? Quiero que recuerde en todo momento que los mejores organismos de espionaje mundial, como la CIA, pueden estar detrás nuestro.

—Creo… creo que todo va bien…

—¿Nadie le ha molestado? ¿Nadie le vigila, o se acerca demasiado a usted…? ¿No sospecha nada de nadie, Perkins?

—No… Bueno, una chica norteamericana me habló hoy. Dijo…

—¿Una mujer norteamericana? ¿Quién es? ¿Dónde está?

—Se llama Brigitte Montfort, y está en este mismo hotel, en la *suite* treinta y nueve… Es una pobre muchacha que lo está pasando fatal en El Cairo… Cuando supo que yo era americano, se aferró a mí como un náufrago a un clavo ardiendo…

—¿Qué hace ella en El Cairo?

—Oh, trabaja en el periódico *Morning News* de Nueva York…

—¿Está seguro de que existe ese periódico?

—¡Por supuesto! Es más, luego, recordando, me ha venido su nombre a la memoria… En efecto, el *Morning News* cuenta con la firma de Brigitte Moritfort. Es uno de sus… articulistas fuertes, la de más prestigio…

—¿Qué suele tratar en esos artículos?

—Bueno… De todo. Reportajes especiales, casi siempre.

—¿De política?

—Pues…, en algunas ocasiones, sí… Suele comentar hechos de resonancia internacional, y generalmente está muy bien informada. Sabe lo que se trae entre manos… De cuando en cuando, sorprende al público y a los demás periódicos nacionales con un artículo sensacional…

—¿Sobre espionaje, quizás?

—Pues… La verdad es que suelen estar muy bien matizados, pero, ciertamente, ya le he dicho que ella suele estar bien informada… Entiendo que viaja con frecuencia, pero no se siente muy satisfecha con ello… Oh, vamos, Merletti, ella es una pobre chica que ahoga su aburrimiento en *martinis*.

—Ya estudiaremos más detenidamente a esa señorita Montfort… ¿Nada más? ¿Ningún otro detalle digno de tenerse en cuenta? Tenga presente que nuestro éxito estriba absolutamente en la total sorpresa. Si esta falla, si ponemos en guardia a alguien, todo irá mal… Y usted no cobrará su millón de dólares, Perkins.

—Bueno, por mi parte he hecho todo cuanto…

Brigitte apenas pudo contener un grito de sobresalto cuando la radio emitió su zumbido de llamada. La admitió, bruscamente.

—¡Estoy ocupada, Simón!

—¡Espere! Karfa ha encontrado el coche de Boabdil Habuz. Está en un…

—Está bien, está bien… Yo le llamará a usted dentro de unos minutos, Simón.

—¡Pero tenemos ese escondite a nuestro alcance! Además, parece que la entrada resulta fácil… Y por si esto fuera poco, le diré que Boabdil Habuz ha entrado ahí no hace ni un minuto. ¿No cree que sería interesante intentar oír lo que él habla en ese lugar?

—Pues inténtelo. Pero déjeme en paz hasta que yo vuelva a llamarlo. Y no haga nada sin mi autorización.

—¿Está hablando en serio? —masculló Simón.

—Por completo. Le diré que…

—Le diré que he visto también a «X» y «Z», los dos tipos que mataron ante mis ojos a Romano. En cuanto a sus «órdenes», será bueno para usted que siquiera sea por una vez uno de sus compañeros de misión le diga que le importan un pimiento. Ya nos veremos.

—Simón… ¡Simón!

Silencio.

—Simón, no sea estúpido. Tengo bajo mi control a… ¡Simón!

Comprendió que no recibiría respuesta, y se dedicó de nuevo a escuchar la conversación que sostenían Stanley Perkins y Rossano Merletti en la *suite* 17, cosa que le pareció mucho más interesante que ocuparse de la rebelión de Simón.

Capítulo IV

Era Rossano Merletti quien estaba hablando entonces:

—… Todos modos, será conveniente que repase sin descanso el plan, Perkins.

—Es muy sencillo, de veras. Y con esa fotografía no puede fallar. Es… casi diabólico.

—No será tan fácil como nosotros creemos. Cuantas más veces se realicen esos ensayos, más probabilidades tendremos de que todo salga bien.

—¡Pero si es tan simple!… Solo hay que tomarle una fotografía al general Nasser… Nadie podrá sospechar nada. Seremos quizá dos o trescientos fotógrafos periodistas allá. Es posible que más. Ya he practicado con las fotografías, y en verdad me parece un plan infalible. ¿Por qué está usted tan preocupado?

—Perkins, ¿alguna vez antes de ahora se ha dedicado al espionaje?

—No…

—Se nota. En este extraño mundo de espías, suceden cosas inexplicables. Por ejemplo, un suceso que un espía lo tenga a menos de cien metros, es probable que le pase inadvertido… En cambio, ese mismo suceso, en menos de cinco minutos, tiene ya constancia en los Servicios Centrales de la CIA o de la MVD Cosas así ocurren diariamente. Y no olvidemos que hemos tenido a la CIA a mucho menos de cien metros… Usted es americano. ¿Acaso no siente respeto por la CIA?

—Creo que hay mucho de mito en todo eso de los espías. Al fin y al cabo, todos ellos son hombres corrientes, no superhombres. Tienen unas lógicas limitaciones físicas y mentales.

—¡Naturalmente! Pero ocurre que esas limitaciones han sido muy reducidas debido a un intenso entrenamiento. Hace veinte años, cualquiera podía ser espía… Cualquier insignificante

hombrecillo podía ser un espía aceptablemente efectivo. Hoy, no. Hoy día, los espías reciben entrenamiento de diversas materias: lucha, armas, electrónica, idiomas, costumbres locales, fingimiento…, lo que antes solo lo conseguía un espía nato, por sus propios méritos o instintos, hoy es enseñado en academias especiales… Todo está mecanizado, organizado, metodizado. En cinco minutos, la CIA, el Deuxième Bureau, la MVD o el MI5 pueden poner en movimiento diez mil agentes o más en todo el mundo. Eso no se conseguía antes.

—¿Y usted se atreve a luchar contra todo eso?

—Es cuestión de… experiencia.

—Pues yo no soy precisamente un agente experto…, y usted ha recurrido a mí, ¿no es cierto?

—Eso, precisamente, prueba mi experiencia. Si yo hubiera recurrido a agentes expertos, es más que posible que estuviesen bajo vigilancia, como lo estaba yo mismo. A usted lo localizaron precisamente por ponerse en contacto conmigo. Pero como todo estaba previsto, hemos podido quitarle de encima a su vigilante. Si yo hubiese menospreciado a la CIA, a estas horas tendría usted tras sus talones al hombre que tomó el mismo avión que usted en Roma… ¿Lo comprende?

—Sí… Creo que sí. Sin embargo: perdone que insista en que todo eso de la fotografía es tan sumamente fácil que no veo por dónde puede llegarnos la dificultad.

—No se trata de que yo crea que puede surgir esa dificultad, sino de prevenir que pueda llegar. Por tanto…

La radio de Brigitte volvió a sonar, y la espía se volvió furiosamente hacia ella. Al parecer, Simón se había propuesto fastidiarle una de las mejores audiciones explicativas que jamás había obtenido.

—¡Simón, ya le he dicho que…!

—Baby, no… no corte, no… corte…

—¡Simón, ¿qué le ocurre?!

—Estoy… He entrado en ese… escondrijo de Boabdil Habuz, y nos han… sorprendido…

—¿Está Karfa con usted?

—Lo… lo han… matado… Ahora vienen a por mí… Estoy cerca de la puerta, junto al auto de Habuz, pero no… no podré abrirla,

porque funciona… mecánicamente…

—¡Dígame dónde está, Simón! ¡Voy ahora mismo a…!

—No sabría… explicárselo… Es imposible, con estas malditas callejuelas…

—¡Tiene que haber alguna señal para que yo pueda guiarme y encontrar ese lugar!

—Aquí todas las casas son… iguales… Pida… ayuda a Roma, que vengan varios agentes de… de Europa, y busquen cerca… cerca del Canal Ismailiyeh… Baby, esto es… extraordinario… Todo… todo está… lleno de fotografías de Nasser a… a tamaño… natural, y hay un largo pasadizo subterráneo, muy largo… Al fondo hay varias fotografías de Nasser, puestas en pie en una especie de… de caballetes…, y están muy… iluminadas…, Dos hombres se dedicaban a tomar fotografías de esas fotografías, bajo la vigilancia de… de Boabdil Habuz… ¡Ya los tengo aquí, muy cerca!

—¡Simón, tiene que hacer un esfuerzo, tiene que darme alguna pista, para ir a ayudarlo, tiene que…!

—Voy a cortar, y… esconderé la radio, para que no… para que no sepan que he estado en… en contacto con nadie… Adiós, Baby. Le deseo… mucha suerte…

—¡Simón! ¡¡¡Simón!!!

Pero, efectivamente, Simón había cortado la comunicación. La espía quedó petrificada, anonadada. En el receptor continuaban oyéndose las voces de Stanley Perkins y Rossano Merletti, pero ella solo las oía como un fondo lejano, casi irritante.

Se puso en pie, pálida, inquieta. Pero… ¿adónde ir? ¿Qué podía hacer? ¿Cómo iba a encontrar en plena El Cairo un escondrijo que Karfa, un cairota que lo había recorrido todo, había tardado más de cuarenta horas en localizar, y eso habiendo visto el coche desaparecer en determinado lugar?

Era tan absolutamente imposible, que la espía se dejó caer de nuevo sentada en el borde de la cama, todavía aturdida por el impacto que para ella representaba la muerte de un Simón con el cual estaba colaborando en una misión.

—… Respecto a esa mujer llamada Brigitte Montfort, tendremos que ocuparnos de ella, con discreción. No me gustaría que ella se estuviese dedicando a vigilarlo, Perkins.

—¿Vigilarme ella…? Por favor, Merletti… Yo creo que usted

está exagerando las cosas.

—Quizás. Pero hasta que todo haya terminado no podemos confiar ni en la más inocente persona que se acerque a nosotros, aunque sus motivos, aparentemente, estén bien justificados. Y si… ¿Oye eso?

—Es una llamada en la radio que me dio ayer Boabdil Habuz —musitó Perkins: atónito.

—Bien… ¿Qué espera para contestar?

—Oh… ¡Oh, sí, inmediatamente! Dijo que el teléfono no interesaba porque…

—¡Conteste!

—Sí… Enseguida…

Brigitte dejó de oír las voces, y entonces pudo escuchar el suavísimo zumbido de la radio, que cesó enseguida. Entonces, oyó la voz de Stanley Perkins, tensa, nerviosa:

—Soy… soy Perkins… ¿Quién está ahí? Oh, sí, señor Habuz… Sí… Ha llegado… Está conmigo ahora, estábamos charlando sobre… Sí, le escucho… Sí, sí… Sí… ¡No! No, no… No quiero decir que no… Quiero decir que… que no es posible… Cla-claro, sí… Sí, es lo que usted dice… Entiendo… Entiendo… Se lo diré ahora mismo… —Hubo una breve pausa; luego, de nuevo la voz de Perkins—: Era Boabdil Habuz, Merletti dice… dice que dos hombres han entrado en el pasadizo por el pequeño respiradero que da al… al patio de naranjos, que… que han matado a uno, que parece egipcio, y que han… capturado al otro, que está herido y… y parece que es… norteamericano…

Brigitte oyó perfectamente la exclamación de Rossano Merletti, y luego su voz, tensa, vibrante.

—¿Se da cuenta, Perkins? —Casi gritaba—. ¡Ese hombre muy bien pudiera ser de la CIA, si es americano! ¡Esto nos pone en una situación verdaderamente difícil! ¡Malditos sean todos ustedes, inútiles…!

—Emmm… Boabdil Habuz dice que sería conveniente que usted fuese allá, por si quiere… interrogar al prisionero herido. Dice que quizás esté solo, y que descubrió el escondrijo en el zoco por casualidad, inesperadamente…

—¡Imbéciles…! ¡Por casualidad! ¿Con quiénes creen que estamos tratando? Vístase inmediatamente. ¡Vamos a ir los dos a

ver a ese prisionero! Y fíjese bien en él, por si recuerda haberlo visto cerca de usted, acompañado de alguien o solo… ¡Vamos, quítese ya ese estúpido pijama y póngase cualquier cosa!

—Sí… Enseguida…

Brigitte cerró el receptor, lo guardó todo rápidamente, corrió al cuarto de baño y vació la botella de champaña casi completamente en el lavabo. Luego, recogió la copa y se dirigió a toda prisa hacia la puerta de su *suite*.

A las malas noticias había que hacerles siempre frente con una total decisión, con audacia.

Capítulo V

—¡Vamos, dese prisa! ¡Tengo el coche abajo, llegaremos en pocos minutos allá…!

Stanley Perkins se quedó mirando a Merletti a medio ponerse los pantalones.

—¿Tiene… usted un coche…?

—Me estaba esperando en el aeropuerto, naturalmente… ¿Qué creía? ¡Ya le he dicho que todo estaba previsto… menos esto! ¡Tengo que saber si esos dos hombres han conseguido localizarnos trabajando aislados o bien forman parte de una red en la cual nos han atrapado…!

—Usted dijo que todo era seguro…

—¡Por mi parte, lo era! ¡Pero estoy seguro de que usted ha sido muy torpe, Perkins!

—Pero yo no…

—Estoy seguro de que lo han estado siguiendo durante su estancia en El Cairo… ¡Solo así han podido encontrar ese escondrijo de Boabdil Habuz!

—Quizá lo hayan estado vigilando a él…

—Quizás. ¿Está listo?

Perkins se metió la camisa en los pantalones, casi sin abrocharla, se colgó la corbata del cuello y cogió la chaqueta… en el momento en que se oía el timbre de la puerta.

Una pistola apareció inmediatamente en la mano derecha de Rossano Merletti, mientras Perkins palidecía y quedaba inmóvil. Tras unos segundos de tensión, la llamada volvió a repetirse. Perkins miraba asustado a Merletti, cuya expresión era ahora cruel, fría.

—Vaya a ver quién es —musitó.

—Pero si son de la CIA…

—No diga ya más tonterías. La CIA no llamaría a la puerta si

supiera que estamos aquí. Nos esperaría afuera y nos cazarían como a corderillos al salir. Vea quién es y despáchelo enseguida.

—Sí… Está bien… Pero si van armados…

—Yo estaré cerca de usted, para protegerlo. Vaya a abrir.

Perkins salió del dormitorio, todavía pálido, en absoluto seguro de sí mismo. Se detuvo ante la puerta, se aclaró la voz y preguntó:

—¿Quién es…?

—¡Abre, querido! ¡Vengo a cuidarte…! ¡Hip!

Perkins se volvió hacia Merletti, que estaba en el umbral del dormitorio.

—Es… es la señorita Montfort… Y parece que ha vuelto a… a emprenderla con los *martinis*…

—Que se vaya —susurró Merletti. Perkins asintió con la cabeza.

—Brigitte, por favor, vaya a descansar… No me encuentro… muy bien…

—¡Ya lo… hip… sé! ¡Y por eso vengo a cuidarlo…! ¡Y así podremos charlar un… hip… un… hip… un rato…!

—Váyase, por favor. Ya nos veremos mañana.

—¡No pienso irme de aquí! ¡Usted es un… hip… desagradecido! ¡Pero yo estoy dispuesta a cuidarle como a un niño bueno!

—Ya me siento mejor… Sí, me siento mejor…

—¡Entonces, beberemos champaña! ¡Viva el Tío Sam!

—Mañana… Mañana, Brigitte, por favor…

—¿No quiere dejarme entrar?

—Esta noche, no.

—Pues entonces me… ¡hip!… me sentaré aquí, en su puerta, y no me moveré hasta que… ¡hip!… hasta que usted… me reciba… Ya me siento… Se oyó un golpe sordo en el suelo. Luego, el tintinear de cristal…

Y un par de profundos «¡hip!». Stanley Perkins se volvió de nuevo hacia Merletti, con expresión desesperada.

—Abra —dijo Merletti, fríamente.

—Pero…

—¡Abra!

El norteamericano abrió la puerta…, y se quedó mirando a Brigitte, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, de cara a la puerta. En aquella ocasión no bebía *martini*, sino champaña. Tenía una botella en la mano derecha y una copa en la izquierda. Al

abrirse la puerta, alzó la cabecita, sonrió alegremente, y brindó:

—¡Viva el Tío Sam!

Se bebió el contenido de la copa de un trago. Perkins vio la botella ya vacía, y se mordió los labios. Miró a ambos lados del pasillo, y no vio a nadie. Se inclinó y cogió a Brigitte de un brazo, ayudándola a ponerse en pie.

—Será mejor que entre, Brigitte…

—Es usted… muy… muy malo, Stanley…

—Sí… Sí, sí… Pase…

La atrajo hacia el interior de la *suite*, y cerró rápidamente la puerta. Se volvió hacia la espía, y esta le echó los brazos al cuello, todavía sosteniendo en una mano la botella de champaña ya vacía y en otra la copa.

—Eres… un simpático… americano, Stanley… Y te… ¡hip!… te voy a dar un besito… muy bonito…

Y se lo dio. Apretó los brazos con fuerza, y sus labios se pegaron a los de Stanley Perkins, que no sabía qué hacer. Por un instante, Perkins casi olvidó la realidad de su situación.

Pero de pronto se quitó del cuello los brazos de Brigitte, y la apartó bruscamente.

—Necesita acostarse —dijo—. Será lo mejor… Pero antes pediremos otra botella de champaña.

Stanley Perkins no sabía qué hacer. La bella compatriota no cesaba de echarle los brazos al cuello, intentando besarlo, y él tenía que estar apartándola continuamente, cada vez más nervioso, mirando hacia el umbral del dormitorio.

Por fin, suspiró aliviado, cuando Rossano Merletti, ya sin la pistola en la mano, apareció allí.

—No me dijo que tenía una amiga en El Cairo, Perkins.

Brigitte se volvió torpemente, como a punto de caer. Se quedó mirando a Rossano Merletti, guiñando mucho los ojos… Alzó la botella, señalándolo.

—¿Quién es… ese? —tartajeó.

—Soy un amigo de Stanley —se adelantó Merletti, sonriendo amablemente—. Si hubiera sabido que tenía una cita esta noche no habría venido a visitarlo, señorita…

—Usted… es más amable que Stanley… Montfort… ¡Hip!… Brigitte Montfort, periodista americana… ¿Usted es americano?

—Pues no… Pero puede observar que hablo bastante bien su idioma… ¿No cree?

—¡Lo habla! ¡Ya tengo dos amigos para hablar en inglés…! ¿Tiene usted algo contra Estados Unidos?

—Que yo recuerde, no —sonrió Merletti.

—Entonces, diga conmigo: ¡viva el Tío Sam!

—¡Viva el Tío Sam! —rio Merletti.

—¿Quiere usted que le dé… unos besitos, señor… señor… muy estimado señor amigo mío?

—Bueno… No me gusta quitarle la novia a los amigos —volvió a sonreír el italiano—. Eso no le gustaría a Stanley, ¿no le parece?

—¡Stanley es un antipático! ¡Usted es simpático! Vamos a… ¡hip!… a echar de aquí a Stanley. ¿No quiere pedir más champaña, señor muy estimado amigo mío?

—Se me ocurre algo mejor… Tengo una hermosa casita no muy lejos de aquí. Hay un patio con palmeras y naranjos, chumberas, algunos olivos… Y estoy seguro de que tengo un par de botellas de champaña en el refrigerador… ¿Acepta la invitación?

—¡Viva el Tío Sam! ¡Vamos allá, señor muy estimado amigo mío! ¡Y lo pasaremos… hip… lo pasaremos bomba…!

Stanley Perkins miraba de uno a otra, asustado. No comprendía muy bien lo que se proponía Merletti, pero indudablemente, estaba intentando salvar la enojosa situación a su manera.

Merletti le estaba quitando a Brigitte la botella y la copa.

—Dejaramos esto aquí, puesto que está vacía… Y quiero pedirle un favor, señorita Montfort.

—Los que… quiera, cariño…

—Vamos a salir del hotel los tres, pero tenemos que hacerlo de un modo… correcto. ¿Cree que podrá caminar con… naturalidad, sin llamar la atención? Sería muy desagradable que alguien creyera que usted había bebido más de la cuenta.

—Muy desagradable… ¡Es verdad! ¡Hip!

—Bajaremos los tres, como buenos amigos, y saldremos del hotel en silencio. Procure no soltar más ese ¡hip!, tan simpático… Y no grite eso de «¡Viva el Tío Sam!»… Sin duda, sabe muy bien que los americanos no gozan en estos momentos de muchas simpatías en Egipto, tal como están las cosas… ¿Podrá salir con paso firme y la boquita cerrada?

—Lo… lo podré hacer con toda… facilidad…

—Magnífico. ¿Nos vamos, entonces?

—¿A la casita con palmeras y naranjos, y…?

—Exactamente.

—¡Viva el…! —Se llevó graciosamente un bello dedito a los labios—. Ssssttt… No debemos decir eso.

—No debemos decirlo —sonrió Merletti—. ¿En marcha?

—¡En marcha! ¡Deeeee frente! ¡Uno, dos…, uno, dos…!

—Señorita Montfort, por favor… Discreción.

—Ssssttt… Que nadie grite —sonrió infantilmente la espía—. Nos vamos de fiesta, pero sin despertar al abuelito, porque querría venir también…

Merletti también se llevó un dedo a los labios.

—Sssttt… Vamos a divertirnos.

La cogió de un brazo, haciendo una seña al aturdido Perkins, que se apresuró a abrir la puerta de la *suite*. Salieron Brigitte y Merletti, y Perkins cerró la puerta, uniéndose a ellos. A una seña del italiano, Perkins cogió a Brigitte del otro brazo, y bajaron los tres juntos por la amplia escalera de rojos escalones.

Brigitte acercó su boquita a una oreja de Merletti, y musitó:

—Viva el Tío Sam…

Y se echó a reír tras aquella confidencia, como una niña que acaba de cometer una travesura. Merletti la amonestó silenciosamente, amenazándola con un dedo.

—Sssttt —chistó la espía—. Silencio…

Cruzaron el vestíbulo del hotel sin novedad, despertando una curiosidad ciertamente relativa, ya que Brigitte, «con un gran esfuerzo», supo comportarse debidamente. Una vez en Sharia Kamel, Merletti se dirigió a buen paso hacia donde había dejado el coche, dos manzanas más allá.

Brigitte y Perkins subieron a la parte de atrás, y Merletti tomó el volante. El coche rodó por Boulevar Halim, directo hacia el Canal Ismailiyeh, el cual cruzó por Kantaret Abou Leileh, hacia el barrio Bulak. En pocos minutos, el auto empezó a perderse en el intrincadísimo laberinto de callejuelas, mientras Brigitte, «ajena a todo», se dedicaba a canturrear el himno nacional de USA, «The Star Slangled Banner», y a decir de cuando en cuando ¡Viva el Tío Sam!, y soltar unas risitas…

—¿Y si fuésemos a remar al Nilo? —propuso de pronto.

—Quizá vayamos al Nilo… de un modo u otro —contestó amablemente Merletti—. Pero antes quiero que vea mi casa. Le gustará, espero…

—Si me ha engañado, y no tiene champaña, no… no le daré besitos bonitos, muy señor querido amigo mío…

Perkins permanecía sombrío, pensativo. Había cosas que no le hacían ninguna gracia. Por una parte era absurdo llevar a Brigitte Montfort al escondite de Boabdil Habuz. Por otra, el hecho de llevarla allí debía de significar que Merletti no pensaba dejar salir jamás a la muchacha… Eso, con ser lamentable en sí, preocupaba a Perkins por las repercusiones que pudiera tener para él. Varias personas los habían visto salir juntos del hotel… Si él volvía, y Brigitte Montfort no aparecía más pronto o más tarde, la Policía egipcia intervendría, sin duda… Lo único que lo calmaba un poco era la certidumbre de que Rossano Merletti debía de saber muy bien lo que estaba haciendo, y encontraría una solución para todo…

—Estamos llegando —dijo el italiano.

—¡Qué lugares más feos! —exclamó Brigitte—. ¿Aquí tiene usted una casita con naranjos y flores…?

—Los barrios árabes son sorprendentes, señorita Montfort, ya se dará cuenta de ello.

En algunas de aquellas callejas, el coche pasaba casi tocando las paredes; en una ocasión, incluso tuvo que descender por un corto tramo de escalones… De cuando en cuando, una sombra se apartaba delante del coche, cobijándose en el hueco de un portal, único modo de que el coche tuviera sitio…

Por fin, en una esquina, Merletti detuvo el coche. Sacó la mano por la ventanilla, llegando con toda facilidad a la pared. Allí, apretó una de las piedras, y luego continuó adelante. La calle se ensanchaba a medida que avanzaban, hasta el punto de que llegó un momento, quizá cien yardas más adelante, que sobraba no menos de tres pies de espacio a cada lado del coche. A pesar de eso, Merletti se pegó a la pared de la derecha, pasando rozándola con las puertas de aquel lado del coche. Una sombra apareció de pronto ante ellos, con un brazo alzado. No se apartó, pero tampoco era necesario, porque el coche giró de pronto hacia la izquierda, y en dos segundos estuvo dentro de una de aquellas casas… El hombre

que había aparecido en la calle entró presurosamente, cerró las dos grandes puertas de madera y abrió otra, al fondo de aquella pieza grande, que parecía un corral… Se encendieron las luces del coche, iluminando una rampa en descenso, que fue recorrida en pocos segundos Por fin, el coche se detuvo, junto a otro, cuya matrícula fue reveladora para Brigitte: era el coche de Boabdil Habuz, el que había recogido en el aeropuerto dos días antes a Stanley Perkins.

El hombre que había ido abriendo las puertas ante el coche llegó corriendo, se detuvo a un lado de la abertura, y apretó en un lado de la pared, de modo que la gran puerta se cerró sin que nadie la tocara…

—Bien… Ya hemos llegado, señorita Montfort. ¿No quiere apearse?

—Pero esto no es… una casita con jardín…

—¿No?

—Estamos… en un sótano, o… o algo así…

—Le aseguro que pronto podrá ver mis naranjos… ¿Por casualidad lleva usted algún arma?

—¡Claro que no…! ¿Para qué…? Oh, bueno… ¿A qué llama usted un arma?

—Pues a cualquiera de esos artefactos capaces de perjudicar a otras personas. ¿Tiene alguna?

—Bueno… Tengo una especie de juguete que me regalaron, y que me aconsejaron que la llevara en El Cairo, porque… porque es una ciudad peligrosa… Con lugares peligrosos, quiero decir…

—Seguramente tenían razón. Este, por ejemplo, es uno de esos lugares… ¿Tiene la bondad de entregarme su pistolita…, con suma delicadeza?

—¿Para qué…?

Brigitte enmudeció bruscamente cuando Merletti, vuelto hacia ella en el asiento, la apuntó con su potente automática, sin dejar de sonreír.

—¿Me la entrega, por favor?

—Presiento… que usted no va a invitarme a champaña, señor muy querido amigo mío…

Capítulo VI

Se subió la falda, despegó la pistola de su muslo tirando suavemente del esparadrapo color rosa, y la tendió a Merletti, que la tomó con la mano izquierda, sonriendo fríamente.

—Quizás está equivocada, señorita Montfort. Es posible que sí la invite a champaña…, porque usted me parece deliciosa cuando está… ligeramente borrachita. ¿Qué pasó con su «¡hip!»? ¿Ya ha desaparecido?

—Si quiere oír más «hips», tendrá que invitarme a champaña —sonrió la espía—. Ya se me pasaron los efectos de la primera botella. ¡Tanto rato sin beber…!

—Claro… Lo comprendo. Por favor, salga del coche.

—¿Vamos a por el champaña?

—Por supuesto…

Brigitte se apeó, seguida de Perkins. El último fue Merletti, que no dejó de vigilarla ni un instante. Stanley Perkins estaba muy pálido, y parecía que le costaba recuperarse de la sorpresa que había sido para él ver las hermosas piernas de la espía… ¿O quizá la sorpresa se la había producido el sorprendente hecho de que aquella muchachita bebedora de *martinis* y champaña llevase tan astutamente escondida una pistola?

Merletti dijo unas palabras en árabe, y el hombre que había abierto las puertas inclinó la cabeza y pasó delante de ellos, encendiendo luces eléctricas. Primero descendieron por una rampa que giraba como una escalera de caracol, muy estrecha, hasta el punto de que era obligado el paso de una sola persona. Luego, un largo tramo de escaleras. Un pasillo corto. Cruzaron aposentos, llenos de polvo y telarañas. Otro tramo de escalones. Una puerta, que el egipcio que acompañaba a los recién llegados empujó, simplemente.

Entraron todos, y delante de ellos se encendieron de nuevo

muchas luces, en hileras a derecha e izquierda, iluminando casi profusamente un ancho pasadizo, de no menos de ochenta o noventa yardas de longitud. Al fondo de ese pasadizo, varias fotografías de Gamal Abdel Nasser, gobernante egipcio; todas ellas de tamaño natural, produciendo la extraña impresión de que Nasser estaba allí, repetido varias veces, erguido, inconfundible con su uniforme militar… Las fotografías se sostenían en unos caballetes, y era lógico que mantuvieran su rigidez merced a cartón o tablas que habían sido pegadas por detrás a las fotografías…

A un lado, había una mesa vieja, carcomida. En el centro del pasillo, a la derecha, se veían dos zonas negras, que debían de ser otras tantas derivaciones del pasadizo. A la izquierda, dos puertas grandísimas, una de las cuales se abría entonces…

Aparecieron cuatro hombres. Dos de ellos quedaron inmediatamente retenidos en las pupilas de la espía internacional: eran «X» y «Z», tal como los había bautizado Simón. O sea, los dos hombres que habían apuñalado por la espalda a Romano, en el aeropuerto. El tercero era más o menos como ellos: oscuro de rostro, una barba muy cortita y poco espesa, vestido de blanco a la europea… Evidentemente, era de la misma calaña que «Z» y «X», y que el hombre que había ido abriendo paso al coche y encendiendo las luces ante los recién llegados.

El cuarto hombre era más interesarte. También egipcio, sin duda. Alto, grueso, espesa la negrísima barba, largos los cabellos, diminutos los relucientes ojos, gruesos los labios… Vestía también a la europea, un traje bien cortado, aunque no tanto que pudiera disimular su exceso de grasas… Boabdil Habuz, por supuesto.

Brigitte se volvió hacia Merletti, con la expresión de quien está sumamente desconcertado.

—Pero… ¿quiénes son…? ¿Qué… qué es esto…?

—Sin duda, conoce usted al señor Boabdil Habuz —sonrió el italiano.

—¿Al…? Por supuesto que no… No conozco a nadie aquí. Solo al señor Perkins… Y a usted, pero…

—¿Mi nombre? Rossano Merletti. ¿Tampoco me conoce?

—No… No, señor… No comprendo… ¿Por qué había de conocerlos a… a ustedes…? Mire, señor Merletti, no… no se ofenda, pero no… no me gusta este lugar. Quiero… quiero marcharme…

—Oh, vamos, señorita Montfort: no puede usted despreciar así una amable invitación. Por otra parte, ¿no es cierto que usted quería llegar a este lugar?

—¡Claro que no! ¿Pero qué…?

—Mmm… Quizá me esté equivocando con usted, señorita Montfort.

—¿En… en qué se está… equivocando?

—Me pareció que usted tenía interés en no separarse del señor Perkins con el único propósito de encontrar este lugar, ya que, lo reconozco, usted sola, sin la ayuda de sus compañeros, no lo habría encontrado jamás.

—¿Qué… qué compañeros?

—Los hombres que usted pretende rescatar. Temo que uno de ellos está ya muerto, sin embargo.

Brigitte retrocedió un paso, «asustadísima».

—¿Un… un muerto…? Señor Merletti, ¡quiero marcharme de aquí ahora mismo! Y si no me deja marchar…, si no me deja marchar, le juro que… que gritaré.

—Puede gritar cuanto quiera. Pero me atrevo a rogarle que no lo haga. Sería muy desagradable. ¿No quiere ver a su compañero que todavía conserva la vida?

—No… no tengo ningún compañero que… que… ¡No sé de qué me está hablando! ¡Quiero marcharme!

—Y yo le ruego que venga conmigo. Por favor…

Señaló hacia delante, hacia donde estaban esperando Boabdil Habuz y los otros tres hombres. La mirada de Habuz cayó con terrible fijeza en el escote de la espía, en la suavísima carne dorada por el sol de todos los continentes… Y un brillante relámpago apareció en los negrísimos ojos.

La dejaron pasar delante de todos. Se encontró en una gran estancia, en la que se veían cojines de colores por el suelo y por unos grandes asientos de piedra pegados a la pared. En el asiento de la izquierda se veían papeles pequeños, rollos de papel grande, que parecían fotografías… Debían de ser más fotografías de Nasser… Y unas cámaras fotográficas, algunos *flashes*…

En el asiento de piedra de la derecha estaba Simón, tendido cara al techo y sobre una gran X hecha coa palos, a cuyos cuatro extremos estaban atadas sus manos y sus pies. Volvió la cabeza, la

miró y permaneció impasible… Impasible pese al dolor que debía de sentir en todo su cuerpo golpeado, en su rostro sangrante… Era como una extraña, terrible máscara palidísima pintada con manchurrones rojos. Los rubios cabellos se habían separado en diversas guedejas pegadas con sangre…

—¿Lo conoce?

—No… No, no… ¡Dios mío, esto es horrible! ¿Qué… qué le están haciendo a ese… a ese pobre hombre?

—No es un pobre hombre, sino, según creemos, un agente de la CIA —murmuró Merletti—. ¿Está segura de que no lo conoce?

—No… no creo… haberlo visto antes nunca, no… Pero está tan… tan sucio de sangre… ¡Dios mío! Esto de debe ser una pesadilla…

—Está usted completamente despierta… Y despejada, según me parece. ¿Cree que podría… variar de opinión si viera limpio el rostro de ese hombre?

—Pero es que no le conozco… No sé…

—Le limpiaremos el rostro, de todos modos.

Dio una orden en árabe, y uno de los egipcios salió de aquel aposento.

Regresó apenas veinte segundos después, con un enorme botijo blancuzco. A una seña de Merletti fue echando el agua por el rostro de Simón. Muy buena parte de la sangre fue lavada por el fresco chorro, dejando más visible y menos estremecedor el rostro del agente de la CIA.

—¿Y ahora?

Los grises ojos de Simón, impávidos, se clavaron en los de la espía internacional, que movió negativamente la cabeza.

—No… No sé quién es… Nunca lo he visto antes… ¡Se lo juro!

—Bien… En ese caso, no le importará que sigamos interrogándolo a él…

—¿Qué… qué…?

—Interrogándolo. Preguntándole cosas… Este hombre entró por un respiradero bajo el cual hemos pasado, y estuvo merodeando por aquí dentro. Por suerte… para nosotros, fue descubierto… Observe que está herido en una pierna y en un costado… Nada demasiado grave, pero le impidió escapar… De todos modos, tuvo más suerte que el otro… ¿Dónde está el otro, Boabdil?

—En el aposento contiguo, con la radio y otras cosas. Boabdil hablaba mal el inglés, pero se le entendía lo suficiente. Evidentemente, recurrieron él y Merletti a este idioma para que Brigitte se enterara muy bien de lo que decían.

—Traedlo, que lo vea la señorita Montfort…

—¡No! —gritó la espía—. ¡No quiero ver a ningún muerto, no…! ¡Dios mío, Dios mío…!

—Bueno… Realmente, ¿por qué ofrecerle tan triste espectáculo? Creo que podemos ofrecerle algo mucho mejor… y más convincente.

Tendió la mano, y el egipcio «Z» le entregó su navaja. Merletti se acercó a Simón, hizo salir la aguda hoja, y la colocó en un costado del espía.

—¿De verdad no lo conoce? —preguntó.

—No…

La hoja se hundió en el costado de Simón, que apenas pudo contener un gemido, tensándose violentamente La palidez de su rostro aumentó, y su cuerpo quedó estremeciéndose, como vibrando, con el cuchillo hundido en un costado…

—¿Sigue sin conocerlo?

—No… ¡No!

Merletti movió la hoja dentro de la carne de Simón. De pronto, tiró hacia afuera, produciendo un corte de no menos de dos pulgadas, de adentro afuera, como si hubiese cortado una cuerda doblada sobre el filo de la navaja. Simón lanzó un aullido, volvió a tensarse…, y se relajó de pronto, desvanecido.

Rossano Merletti se quedó mirando a la espía, que había palidecido intensamente, y miraba el corte por el que manaba abundantemente la sangre. El italiano frunció el ceño, pereció a punto de hablar, y, por fin, dijo:

—Que no muera este hombre. Atendedlo… ¿Le ocurre algo a usted, Perkins?

—No… Bueno, no sé… Creo que estoy un poco… mareado.

—No hay que ser tan blando. ¿Creía que un millón de dólares se ganaba haciendo cosas fáciles y honradas?

—No, no… Ya suponía que… Además, ya me dijo usted que… que tendría que matar a… a Nasser, pero…

—Solo tomarle una fotografía —sonrió Merletti—. Es mejor que

se acostumbre a hablar… en clave. Eso evita muchos deslices. Si prefiere salir de aquí, puede hacerlo. ¿Me espera afuera?

—Lo… lo prefiero, si no le… importa.

Stanley Perkins salió del aposento, al largo pasadizo con los grandes retratos de Gamal Abdel Nasser al fondo. Merletti esperó cinco minutos, el tiempo que «X» tardó en atender con no demasiado interés las heridas de Simón, limitándose a echarles agua y luego vendarlas fuertemente, sin miramiento de ninguna clase.

—Quizás usted se extrañe de que no los mate ahora mismo a los dos, señorita Montfort, pero tengo muy buenos motivos. Mucho me temo que la CIA me esté buscando activamente. Eso es… un gran riesgo, sin duda. Tengo la esperanza de que no me encuentren, ni encuentren este lugar antes de que hayamos hecho nuestro trabajo. Pero, si así ocurriese, si las cosas se pusieran mal, yo estaría en condiciones de canjear mi vida… ¿Lo comprende?

—No… —musitó temblorosamente la muy hipócrita Baby.

—Es lo que se llama un canje de espías. Oh, estoy seguro de que habrá oído hablar de esto… Si me atrapan, yo cambio mi vida por la de usted y su amigo…

—No es… amigo mío… Ya le he dicho que no… que no lo conozco, jamás lo he visto…

—Vamos, vamos… Estamos entre profesionales… ¿No comprende que lleva las de perder? Hagamos un trato, señorita Montfort: usted me dice hasta qué punto me tiene localizado la CIA, si hay alguien más con usted y este hombre ocupándose de mí en El Cairo… Solo eso, para que yo sepa si puedo continuar en este escondite o debo buscar otro hasta que acabe mi trabajo en El Cairo. A cambio de tan insignificante información, cuando yo abandone Egipto los dejaré a ustedes vivos, abandonados a sus propios recursos… Con un poco de suerte, podrían salvarse. ¿Acepta?

—Usted no lo quiere entender, señor Merletti… Yo no sé de qué me habla, ni…

—¡Ya basta! —se encolerizó Merletti—. ¡Seguiremos naciendo pedazos a su amigo hasta que usted me dé esa información! ¿Quieres encargarte tú de ello, Boabdil? Tienes más… imaginación.

Boabdil Habuz inclinó la cabeza, sonriendo. Cogió la navaja y se acercó a Simón, que estaba parpadeando lentamente, recobrándose.

La azul mirada de la agente Baby se ladeó hacia Merletti. Tenía que aceptar que las cosas no le habían salido bien, pero su obligación había sido intentar llegar hasta aquel escondite por cualquier medio. Y lo había logrado, solo que sin engañar a nadie… Posibilidad que, ciertamente, ya había considerado como muy remota desde el principio, pero…

Sus ojos quedaron fijos en el ligero bulto que hacía la pistola de Merletti en la axila izquierda. Tenía que intentarlo. Si conseguía apoderarse de aquella pistola…

Se lanzó de pronto contra Merletti, que estaba más interesado en la inminente labor de Habuz con Simón que en ella. El grito de sorpresa y aviso lo lanzó «Z», mientras la manita derecha de la espía se deslizaba ya bajo la chaqueta del sobresaltado Merletti, casi tocando la pistola…

El que reaccionó más fulminantemente fue Boabdil Habuz Se volvió, captó inmediatamente lo que ella intentaba, y lanzó un seco golpe con la mano armada con la navaja, hacia la espalda de Brigitte… Por fortuna para esta, Merletti reaccionaba entonces, y la apartaba de un manotazo, de modo que la punta de la navaja no se clavó a la altura del corazón de la espía, sino que atravesó limpiamente su costado izquierdo, justo por debajo de las costillas flotantes, pillando una pulgada de carne…

Baby Montfort cayó de rodillas, y su mano derecha se deslizó torpemente hacia el pie de aquel lado, tocando ya el zapato…

Y por encima de ella, pálido de ira, Rossano Merletti alzó la mano derecha, con la pistola en ella, y la dejó caer con fuerza en la nuca de la espía internacional.

Entreacto.

* * *

La primera sensación consciente fue un intensísimo dolor de cabeza. Era como si dentro tuviese algo que se fuese haciendo cada vez más grande, y que de un momento a otro fuese a reventar la cabeza para poder salir…

Enseguida, el lacerante dolor en el costado izquierdo. Quiso mover una mano hacia allí, y eso sirvió para darse cuenta de que las tenía atadas a la espalda; también tenía atados los pies. Miró hacia

el costado izquierdo, y vio el tosco y sucio vendaje. Al parecer, Merletti insistía en mantenerlos vivos, con vistas a un posible canje…

Bien, y… ¿dónde estaba?

Primero vio a Simón, y ya quedó contestada la pregunta. Cierto: estaba en el mismo sitio, solo que en peores condiciones. Simón la miraba fijamente, ladeando la cabeza. Estaba muy pálido, pero no había expresión de dolor, o miedo, o preocupación en su rostro. Con aquel simple cambio de miradas, los dos espías se lo dijeron todo: mala suerte, cosas del espionaje, así es la vida, quizá salgamos con bien de esta… Solo quedaba esperar. Y esperar en silencio. Si alguien estaba esperando que ellos hablasen, para escucharlos tras la puerta o por medio de algún micrófono, se iba a morir de viejo.

Casi una hora más tarde, sin que los agentes de la CIA hubiesen cambiado una sola palabra, y apenas media docena de miradas, la puerta se abrió, y Rossano Merletti apareció en ella, sonriendo con una frialdad irónica a la cual tenía perfecto derecho, en vista del botín que había conseguido.

Se acercó a Brigitte y se acuclilló junto a ella, dejando en el suelo el maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Mmm… Nos hemos permitido investigar un poco en su *suite*, señorita Montfort. Oh, y en la de Perkins, desde luego. Hemos encontrado un micrófono en la de él, y un receptor en la de usted. Eso, aparte de este maletín, que contiene… muy interesantes objetos. Es posible que cuando usted…, desaparezca, me decida a utilizarlos. Son todos formidables… De fabricación norteamericana, naturalmente. Y tiene usted de todo… De todo. Asombroso de veras. ¿Todavía no quiere decirme la verdad?

—¿Qué verdad?

—¿Son ustedes de la CIA?

—Usted lo dice… Y si mis objetos del maletín son de fabricación norteamericana… ¿qué más datos o explicaciones precisa?

—Mire… Yo estoy de vuelta de los trucos del espionaje, señorita Montfort. Usted puede perfectamente llevar equipo americano, y ser rusa, por ejemplo.

—Sin duda. Pero eso tendrá que averiguarlo usted…, o enterarse cuando lleguen mis compañeros.

—¿Sabe…? He estado reflexionando detenidamente, y creo que

ustedes ya no tienen más compañeros asignados para esta misión. De otro modo, ya habrían intervenido. Además, usted no habría actuado tan… a la desesperada cuando supo que teníamos a su amigo, y que, además, íbamos a ponernos fuera de su alcance ya que no conocía este escondite… No… No creo que tengan más compañeros por estos lugares. No, al menos, dedicados a esto, colaborando con ustedes. ¿Me equivoco?

—Usted lo dice todo, Merletti.

—Y usted es muy terca. De todos modos, ya le digo que mi preocupación no existe actualmente. Estoy convencido de que este refugio sigue siendo seguro hasta que acabemos el trabajo que nos ha traído a El Cairo…

—¿Asesinar a Nasser?

—Pues… En efecto.

—¿Quién lo hará? ¿Usted?

—¿Yo? ¡De ninguna manera!

—¿Lo hará Perkins?

—Se está preparando para eso. No es un muchacho con grandes dotes de… ejecutor, pero un millón de dólares moviliza a cualquiera que sea ya de por sí un poco… aventurero, un poco disconforme con las dificultades de la vida. Me costó algún tiempo localizar a un norteamericano que reuniera las condiciones de Stanley Perkins, no crea.

—¿Tiene que hacerlo un norteamericano?

—Sí… Sí, desde luego.

—¿Por qué?

—Mmm… Oh, es un poco complejo —sonrió de pronto Merletti —. Ya sé que usted lo entendería, pero… no quiero explicárselo.

—¿Qué va a perder con ello?

—Puedo perder mucho, si, por cualquier circunstancia, usted y su amigo consiguieran escapar. Es mejor que no sepan demasiadas cosas. Mejor para mí, claro. No obstante, después de haber ejecutado al general Nasser, tendré mucho gusto en explicárselo todo… antes de matarlos a los dos.

—¿Qué significa esto de las fotografías, Merletti?

—Bueno… Estoy seguro de que si dedica un par de horas a pensar detenidamente todos los puntos, lo comprenderá. Es un truco bueno, pero al alcance de cualquier espía un poco diabólico.

—¿Como usted?

—Sí. Pero no se engañe. Además de diabólico, soy inteligente.

—¿Cuánto le pagan por esto, Merletti?

—¿En total para el trabajo o a mí solo?

—En total para el trabajo.

—Cinco millones de dólares.

—No está mal… No, no está nada mal… ¿Quién se los paga?

Rossano Merletti abrió la boca…, y, de pronto, se echó a reír.

—En otra ocasión se lo explicaré, De momento, como pienso mantenerlos vivos por si llegase a necesitar el canje, seguirán ignorantes de la mayor parte del plan. Pero lo he prometido: antes de matarlos, se lo explicaré. A menos que usted acepte ser explícita conmigo, dándome los datos exactos del proceso investigador que han seguido para llegar hasta mí y hasta aquí. ¿No quiere hablar?

—¿Y qué podría decirle, Merletti?

—Pues… Lo que sea. Yo entenderé.

—¿De veras?

—Por supuesto, señorita Montfort.

—Bien… Entonces, voy a decirle algo… ¡Viva el Tío Sam!

Capítulo VII

Despertó sobresaltada, de pronto. Vio a Simón, que la estaba mirando, e instantáneamente se hizo cargo de la situación. Simón estaba muy pálido, y los improvisados vendajes sobre sus heridas se veían manchados de sangre. En sus ojos había una expresión mortecina, y su rostro estaba desencajado.

A pesar de lo cual efectuó un intento de sonrisa.

—¿Hemos dormido? —musitó Baby.

—Sí.

—¿Mucho?

—Lo ignoro.

Brigitte quedó unos segundos silenciosa, pensativa, mirando hacia todos lados. Por fin, volvió a mirar a Simón.

—¿Cómo se siente, Simón?

—Mal… O sea, como me merezco, por estúpido. Actué como un niño impaciente, y esto es lo menos que debía ocurrirme. Me he desmayado un par de veces.

—No se culpe demasiado… ¿Cree que nos están escuchando?

—¿Qué más da?

Brigitte cambió de postura, mirando hacia la puerta. Estaban solos, pero tan bien atados ambos, tan bien cerrada la gruesa puerta, que era evidente la gran dificultad, por no decir la imposibilidad absoluta que tendrían para escapar.

—Ni lo piense siquiera —adivinó Simón los pensamientos de Baby—. Esto es una especie de fortaleza, un laberinto subterráneo. Y en nuestras condiciones…

—Algo habrá que intentar —musitó Brigitte.

—Yo no podría ni dar un paso… Pero si usted tiene alguna oportunidad, aprovéchela… Y olvídese de mí.

Brigitte se quedó mirándolo seriamente, durante unos segundos.

De pronto, sonrió.

—¿Sabe una cosa, Simón? Estoy contenta.

—Oh… ¿Es su cumpleaños, quizá?

—No, no… Eso me deprime… Cada cumpleaños significa que me voy haciendo más viejecita. Estoy contenta porque, al menos, ha quedado demostrado que usted no es un traidor.

—Formidable consuelo.

—No se lamente tanto. Podría haber sido peor.

—No me lamento… Solo estoy irritado conmigo mismo. La obligué a actuar de un modo excesivamente audaz y precipitado.

—No iba a dejar que lo mataran… Además, si le hacían hablar, igualmente habrían ido a por mí. Como comprenderá, tenía que prevenir ese peligro.

—Admirable sentido del humor —susurró Simón—. Bueno, al menos no es usted de esas chicas espías que se ponen a llorar cuando las cosas van mal.

—¿Qué estará sucediendo afuera? Mañana es la rueda de prensa de Nasser… Y ese muchacho, Stanley Perkins, intentará el asesinato… Con una cámara fotográfica, según entiendo.

—Bueno… Quizás el general Nasser se esté ganando con todos los honores ser asesinado… ¿No le parece?

—Son puntos de vista. Personalmente, me desagrada el asesinato, en general. Y me preocupa mucho cuando va a ser llevado a cabo por un norteamericano… Si lo descubriesen, eso podría complicar mucho las cosas en un ambiente tenso… ¿Asesinar a Nasser? Incluso podría significar una guerra declarada entre Israel y la RAU.

—La jugada parece clara: si hay contratiempos en el asesinato de Nasser, será Estados Unidos quien tendrá que responder de la acción de Stanley Perkins.

—Sí… Aparentemente, así es. Ya me sucedió algo parecido, un complot contra la CIA no hace mucho[2]. En esa ocasión mi suerte no me abandonó.

—La suerte de los espías acaba un día u otro… ¿Le importa que no hable demasiado? Me fatigo terriblemente.

Brigitte asintió con la cabeza Se dejó caer de lado, ahora, y dobló cuanto pudo las piernas, de modo que las manos atadas a su espalda llegaron a tocar uno de sus zapatos. Simón la miraba

interesado, pero ella se limitó a forzar una sonrisa, y volvió a una posición más cómoda, en lo posible. Se dedicó a mirar atentamente todos los detalles de aquella enorme celda subterránea, pero no vio nada que pudiera ser considerado como interesante. Las cámaras fotográficas que había visto al llegar allí habían desaparecido, pero los almohadones de colores todavía estaban allí. Pese a estar atada de pies y manos, consiguió deslizarse hasta ellos. Se tendió sobre unos cuantos, y suspiró, mirando a Simón.

—La comodidad es media vida… Lástima que la otra media la tengamos un poco comprometida. ¿Qué hora calcula que puede ser?

—Ni idea.

—Ya debe de ser de día… Quizá las siete o las ocho de la mañana…

—Bien… Ya estamos situados en el tiempo: las siete o las ocho de la mañana del día dos de junio… ¿Ganamos algo sabiendo esto?

Brigitte volvió a sonreír, buscando la más cómoda postura sobre los almohadones.

Evidentemente, todo lo que podían hacer era esperar.

* * *

Un par de horas más tarde la puerta se abrió, de pronto, y Boabdil Habuz apareció en ella, seguido de «X» y «Z». Sus diminutos ojos negrísimos fueron inmediatamente hacia la espía, y una retorcida sonrisa apareció en los gruesos labios al verla tendida sobre los almohadones… Se dirigió directamente allí, se sentó junto a ella, e hizo una seña a los dos egipcios que le acompañaban.

«Z» salió del aposento y regresó un par de minutos más tarde, tiempo que Habuz dedicó íntegramente a contemplar la hermosura de aquella blanca, sonrosada, dorada mujer de inmensos ojos azules. «Z» llegaba con una bandeja, que entregó a Boabdil Habuz, el cual se la colocó sobre las rodillas, tras cruzar cómodamente las piernas. En la bandeja había higos, leche de cabra y dátiles. Boabdil Habuz se dedicó a comer, sin prisas, siempre fija su mirada en la hermosa espía.

—¿Qué tal si nos invita, Boabdil? —sugirió de pronto Baby. El egipcio se limitó a mover negativamente la cabeza.

—¿Piensan matarnos de hambre? Eso es una salvajada.

El jugo rojo de un higo se deslizaba por un lado de la boca de Boabdil, que encogió los hombros y comentó, con su inglés defectuoso pero del todo inteligible:

—No hay que desperdiciar la comida. Ustedes ya están muertos, así que no comerán.

—¿Cree que tengo aspecto de cadáver?

Boabdil frunció el ceño. Era evidente que hacía ya algunos minutos que una idea rondaba por su cabeza.

Luego, continuó comiendo higos y dátiles.

Simón le dirigió una centelleante mirada, y musitó un «cerdo» que tuvo que ser oído por todos; pero tanto Boabdil como «Z» y «X» no le hicieron el menor caso. Brigitte permaneció inalterable, como si nada hubiera ocurrido.

Solamente se oía el crujido de la boca de Habuz, ya fuese masticando o sorbiendo ruidosamente la leche de cabra, mientras ni por un instante dejó de mirar a Brigitte. Cuando terminó, lanzó un fuerte eructo, y señaló la bandeja. «Z» se hizo cargo de ella, desapareció, y regresó apenas un minuto más tarde. Se colocó junto a «X», ambos en pie, y, en silencio, como Boabdil, se dedicaron a mirar a la espía.

Media hora más tarde apareció Rossano Merletti. Casi respingó al ver a la espía, pero enseguida miró de reojo a Boabdil Habuz, sonrió levemente y se encogió de hombros. Habló unos segundos con Boabdil, que movió negativamente la cabeza. Merletti frunció el ceño, y tras sus últimas palabras el egipcio salió del aposento, seguido de «X» y «Z».

El italiano sonrió entonces a la espía.

—Los árabes suelen ser rudos, en cuestiones de mujeres.

—¿Los italianos también?

—¡Ni mucho menos…! Pero Boabdil es mi aliado en esto. Comprenderá que no voy a indisponerme con él porque haya tenido un pequeño capricho personal. Bien… ¿Cómo están hoy los agentes de la CIA?

—Pregúnteselo a ellos.

—Oh —rio Merletti—. ¿Siguen sin admitirlo? Muy bien, ya no tiene la menor importancia. Como comprenderá, si después de diez horas de cautiverio nadie se ha interesado por ustedes, es que nadie está al corriente de su situación… O, digamos, del lugar donde

pueden ser hallados. Eso quiere decir que puedo permanecer tranquilamente en este formidable escondrijo…

—¿No podríamos comer algo?

—Me admira su entereza… ¿Es posible que tenga apetito, señorita Montfort?

—Es simple cuestión de supervivencia.

—No se preocupe demasiado por eso —sonrió secamente Merletti—. Dentro de treinta horas, aproximadamente, dejarán de sentir apetito… o cualquier otra cosa.

—¿Qué hora es?

—Las diez de una hermosa mañana llena de sol. Creo que debo pedirle disculpas, señorita Montfort.

—¿Por qué motivo?

—Por no haberla invitado a champaña anoche.

—Todavía está a tiempo de cumplir su promesa.

—Quizá más adelante. Sí… Cuando todo haya terminado, lo celebraremos con una copa de champaña…

Se volvió hacia la puerta. Boabdil había aparecido allí, y le hacía señas perentorias de llamada. Merletti se puso en pie, se reunió con el egipcio, escuchó sus pocas palabras, y salió a toda prisa del aposento.

Regresó diez minutos más tarde, brillantes los ojos. Al parecer, había recibido buenas noticias.

—¿Le han aumentado la paga por su trabajo, Merletti?

—Algo mucho mejor —murmuró el italiano—. Muchísimo mejor. Me parece que voy a ahorrarme un día de estancia en El Cairo.

—¿Desisten de su proyecto?

—¡Por supuesto que no! Solamente, vamos a adelantarlo veinticuatro horas. La noticia está en todo El Cairo: esta tarde, el general Nasser pasará revista a las tropas egipcias, desde su palco que va a ser colocado en Sharia Mohammed Ali, cerca de la Ópera… Es un golpe de efecto psicológico, claro… Quiere demostrar su fuerza, su seguridad, intenta intimidar a los israelitas. Naturalmente, El Cairo debe de estar lleno de espías, y Nasser quiere darles una bofetada en pleno rostro mostrando sus fuerzas, su arrogancia. Hay… gran júbilo en El Cairo, los ánimos están muy exaltados… Se supone que una gran muchedumbre va a presenciar

ese desfile, esa… pueril demostración de fuerza.

—¿Quién le ha informado de ello? ¿Sus jefes?

—Efectivamente.

—Eso quiere decir que usted no ha salido de aquí en toda la noche, que no sabía nada…

—No tengo el menor interés en pasear por El Cairo. Ya conozco bien la ciudad. Y, paseando, solo me expongo a que algún agente de la CIA pueda localizarme.

—¿Asistirán sus jefes al asesinato?

—Lo dudo. Imagino que se apresurarán a marchar a Tel Aviv…

—¿Son israelitas quienes han tramado el asesinato de Nasser?

—No he dicho tanto, señorita Montfort… Solamente que se irán a Tel Aviv. Allá, dentro de dos días, es decir, exactamente a las cuarenta y ocho horas del… fallecimiento del señor Nasser, yo tendré que cobrar los cinco millones de dólares.

—Usted es un iluso… No saldrá vivo de Tel Aviv después de esto, y sabiendo tantas cosas.

—Ya pensé en eso, y tomé mis precauciones. Por otra parte, no es la primera vez que hago trabajos para esas personas. Aparte de mis lógicas precauciones, estoy convencido de que cumplirán… honradamente su parte. Saben que puedo serles útil en cualquier otra ocasión.

—Si la CIA le pagara a usted por trabajar para ella… ¿aceptaría, Merletti?

—Oh, sí, desde luego. Solo es cuestión de precio.

—Bien. ¿Qué le parecen diez millones de dólares?

—Pues… que es el doble de cinco.

—¿Le interesan?

—¿A cambio de qué? —rio jubilosamente Merletti—. ¿De su vida, señorita Montfort?

—Y de la de mi amigo. Déjenos marchar, Merletti, y dentro de unos días la CIA le entregará diez millones de dólares dónde y como usted quiera.

—No bromee, señorita Montfort. En primer lugar, yo soy un profesional serio, y ya acepté un trabajo de otras personas. En segundo lugar, la CIA no daría diez millones de dólares por ustedes dos. Es un rescate desorbitado, y…

Rossano Merletti calló bruscamente. Su ceño se frunció, sus ojos

se entornaron… Y, de pronto, se abrieron mucho, fijos en la hermosa mujer que tenía ante él, atada de pies y manos.

—Un momento… —susurró—. Pero no… No es posible…

—¿El qué, Merletti?

—Diez millones de dólares… La CIA dispone de una agente por la que pagaría incluso mucho más… Una agente a la que en todo el mundo del espionaje se conoce solamente con el nombre de Baby… ¡No me diga que es usted!

—No lo digo —sonrió Brigitte.

—Está… intentando engañarme. Quiere hacerme creer que es la agente Baby, para que la conserve viva y pida mucho dinero por usted. Quiere que yo me ponga en contacto con la CIA, para pedirles dinero, y quizá que ellos se las arreglen entonces para salvarla… No va a engañarme, señorita Montfort.

—Está usted despreciando diez millones de dólares, Merletti… Quizá veinticinco.

—No, no, no… Es mucho dinero, pero no estoy loco. Aun suponiendo que la CIA jugara limpio conmigo, quedaría usted viva… Y si es la agente Baby, mi vida no valdría ni una lira…

—¿Por qué motivo? Más bien tendría que estarle agradecida por haberme dejado viva, ¿no cree?

—No… No lo creo… Se dicen muchas cosas de la agente Baby… Una de ellas, que la define muy bien, es que no hay un solo espía en todo el mundo que haya matado a uno de sus compañeros y haya vivido más de cuarenta y ocho horas.

—¿Ha matado usted a algún compañero de Baby, Merletti?

—Ordené su muerte, en el aeropuerto de El Cairo… Oiga, no quiero escuchar más proposiciones de usted. Si no es la agente Baby, no me interesa, porque no me darían diez millones por usted. Y si es la agente Baby, más motivo para eliminarla.

—Muy bien. Es la primera vez que veo a alguien despreciar veinticinco millones de dólares. Allá usted.

Rossano Merletti miraba ahora a Brigitte con un nuevo interés, entre desconfiado, decepcionado y admirado. Parecía dispuesto a decir algo cuando la gran puerta volvió a abrirse, apareciendo de nuevo Boabdil Habuz, que dijo algo y desapareció.

—Ha llegado Perkins —musitó Merletti—. Hemos tenido que llamarlo, para el último entrenamiento. ¿No le gustaría

presenciarlo, agente Baby?

—Desde luego.

—Para mí será un gran honor… La verdad es que aún no me lo creo. ¡Nada menos que he capturado a la agente Baby! Supongo que si lo dijese por ahí nadie me creería… Y tengo otra buena idea: ¿cuánto le parece que darían por usted los de la MVD rusa?

—¿Por qué no les pregunta a ellos? —sonrió Brigitte.

—No es mala idea… Esto se está poniendo interesante. Pero, ante todo, concédame el honor de asistir al entrenamiento, al último ensayo de mi plan… Espero que será tan amable de darme su opinión… de experta.

—Lo haré con gusto, Merletti.

—Bien. Asombroso… ¡Asombroso en verdad! Creía haber atrapado un simple polluelo, y resulta que tengo en mis manos al águila de la CIA. ¡Fantástico!

Se alzó de los cojines sobre los cuales se había sentado junto a Brigitte, y salió. Enseguida, entraron «X» y «Z», que se dirigieron directamente a la espía, la alzaron entre los dos y la sacaron del aposento. La dejaron en el suelo, a un lado del largo pasadizo en cuyo fondo se veían las grandes fotografías de Gamal Abdel Nasser. Cerca de ella, hacia el extremo de la derecha del pasadizo, estaban Merletti, Boabdil Habuz y Stanley Perkins, que respingó al verla en aquellas condiciones de indumentaria. Pero tuvo que dedicarse a escuchar las palabras de Merletti, que poco después se alejaba de él y se acercaba a Brigitte.

Se sentó a su lado, encendió un cigarrillo y se quedó mirando los azules ojos.

—¿Quiere fumar? —ofreció.

—Es usted muy amable, Merletti. Sí, gracias.

—Digamos que siento… respeto hacia la agente Baby. Entiéndame: la mataré, desde luego. Pero no puedo tratar igual a una tal señorita Montfort que a la mundialmente admirada y temida agente Baby. Es un honor obsequiarla con un cigarrillo.

Brigitte ya lo tenía en los labios, y estaba fumando con verdadero placer. Pero, mientras tanto, sus ojos iban hacia Stanley Perkins, que se había colocado en el centro del extremo derecho del pasadizo, con una cámara fotográfica en las manos. Cerca de él estaba la carcomida mesa, en la cual se veían ocho o diez cámaras

más, todas ellas estrechamente vigiladas por Boabdil y dos de los egipcios menos interesantes.

—Aunque supongo que ya lo ha adivinado, se lo explicaré —dijo de pronto Merletti—. Esas cámaras han sido arregladas convenientemente, de modo que tienen un dispositivo especial. Los primeros salieron bastante defectuosos.

—¿Son capaces de disparar una bala?

—Bueno… Algo así. Eso fue al principio. Poco a poco se han ido perfeccionando, hasta llegar a la última, que es una… maravilla. La primera, disparaba una bala con gran estampido, a pesar de lo cual su alcance era inferior a los cincuenta pies. La última, dispara una bala más pequeña con perfecta estabilidad y dirección hasta una distancia máxima de cien yardas. Cualquier disparo efectuado con esa cámara, no puede fallar, si el blanco está a menos de cien yardas.

—Pero si la bala es muy pequeña, y a esa distancia…

—¿Cree que no puede matar? Error. La bala es, en realidad, una cápsula que se clava en la carne, estalla, y traspasa a la sangre de la víctima un activísimo veneno. En menos de cinco segundos, muere. Y… Mmm… Bueno, resulta ideal para atentados de esta clase, porque el disparo es absolutamente silencioso.

—¿Con eso piensan asesinar a Nasser?

—Sí, en efecto. Stanley Perkins se acercará a Nasser, tomará una fotografía lo más cerca que pueda… Todo funciona normalmente en esa cámara… solo que, además, dispara esa cápsula mortal.

—¿Y si Perkins falla el blanco?

—Es poco probable. Pero, precisamente por eso, hemos decidido aprovechar la espera practicando un poco el disparo con la cámara. De ahí, la abundancia de fotografías de Gamal Abdel Nasser en tamaño natural… Perkins disparaba primero con las viejas cámaras, pero ahora lo hace con la última, que tiene un visor que se supone fotográfico, naturalmente. Lo que ocurre es que, cuando la víctima queda perfectamente encuadrada en el visor, el disparo no puede fallar jamás, está comprobado. Además, se obtiene una magnífica fotografía.

—Un detalle anecdótico.

—¡Así puede decirse! —rio Merletti—. ¿Le molesta tener todo el tiempo el cigarrillo en los labios? Comprenda que no pienso

desatarla, pero puedo quitarle el cigarrillo si le molesta.

—No, no… ¿Qué está esperando Perkins?

—Mi señal —dijo Merletti.

Alzó un brazo. Stanley Perkins adoptó la clásica actitud del fotógrafo profesional, apuntó la cámara hacia una de las fotografías de Nasser, y apretó el disparador. Hubo un fogonazo, y eso fue todo. Luego, la cámara fue cargada de nuevo…

—Es de un solo disparo, claro —admitió Merletti—. Pero yo soy de la opinión que no se necesitan más para hacer las cosas bien. Dentro de unos minutos veremos cómo lo ha hecho Perkins.

Otro fogonazo de *flash*.

—¿Por qué escoger a un norteamericano para este trabajo, Merletti? —musitó Brigitte.

—Pues… Si todo sale bien, lo mismo da un norteamericano que cualquier otro. Pero si sale mal y atrapan o matan a Perkins, se supone que les egipcios sospecharían de la intervención directísima de la CIA, intentando o consiguiendo el asesinato de Nasser. La ruptura entre Egipto y Estados Unidos sería total e inminente. Entonces, Estados Unidos tendría que colocarse decididamente, con todas sus consecuencias, al lado de Israel, contra viento y marea, quizás incluso empujado por Rusia, que no se sentiría muy satisfecha con el asesinato por parte de la CIA de su amigo Nasser, y quizá tomase también parte directa en esta guerra que no puede tardar mucho en estallar, según parece.

—Entonces, esto es una doble maniobra israelita. De un lado, matar a Nasser, su más encarnizado enemigo. De otro, asegurarse la alianza con Estados Unidos, para el caso de que la guerra estalle, al fin.

—Es usted muy inteligente, pero yo no he dicho eso. Ni siquiera lo he sugerido.

—Bien… Entiendo. Puede que esto no sea obra directa de los servicios gubernamentales israelitas, pero sí es cierto que algunos de ellos, quizá por su propia cuenta, han decidido eliminar la amenaza que para su país representa Nasser.

Rossano Merletti sonrió, encogió los hombros y señaló hacia Perkins, que estaba a punto de efectuar el cuarto disparo. Todo el pasadizo estaba bien iluminado, a pesar de lo cual el *flash* continuaba siendo utilizado. No se oía ningún ruido… Cuando

Perkins hubo efectuado el sexto disparo, Merletti movió las manos cruzándolas ante él. Boabdil se hizo cargo de la cámara, y «X» y «Z» fueron a buscar las fotografías. Las despegaron de sus soportes y luego se colocaron delante de Brigitte y Merletti, a los cuales se había unido ya Stanley Perkins.

Las luces que había detrás de las grandes fotografías sostenidas bien extendidas por «X» y «Z» señalaban perfectamente el diminuto agujero que se veía justo sobre el corazón del general egipcio.

—Un disparo perfecto, Perkins —aprobó Merletti—. Pero no olvide que lo importante es acertarle, sea donde sea. El veneno hará el resto.

—Sí, de acuerdo…

Las otras cinco fotografías mostraban igualmente unos blancos perfectos, todos ellos en la zona del corazón.

—Bien —suspiró el italiano—. Ahora, solo queda darnos unos paseos cerca de la Ópera, estudiando el terreno, el modo de escapar de allí… Será fácil, en la confusión que se creará cuando Nasser caiga muerto. Y dentro de un par de días, a Tel Aviv, a por nuestro dinero… Oh, vamos, Perkins, deje de mirar a la señorita Montfort: ella está condenada a muerte, también. No olvide su millón de dólares. Con ese dinero podrá contemplar mujeres tan hermosas como ella.

—Lo dudo —sonrió Brigitte—. Pero puede intentarlo.

—Es usted simpática —sonrió Merletti—. Lamento tener que despedirme de usted.

—¿Ya no nos veremos más?

—Temo que no. Perkins y yo nos vamos ahora. Y puesto que ya he cumplido mi promesa de explicárselo todo, Boabdil se encargará de matarla cuando haya dejado el sótano listo para ser abandonado sin dejar pistas. Adiós, Baby.

Capítulo VIII

Del aposento donde estaban prisioneros Brigitte y Simón fue retirado todo, excepto los pocos cojines de colores sobre los cuales se había asegurado Boabdil Habuz de que descansara cómodamente la espía. Sin duda, también de todo el pasadizo fue retirada cualquier señal o pista que delatara la presencia habida allí de unos cuantos hombres durante tres días.

A través de la puerta, dejada abierta, Brigitte podía ver a los egipcios yendo de un lado a otro. Se oían sus voces, destacando la de Boabdil Habuz, en árabe, por supuesto…

—¿Qué están diciendo, Simón?

—Están llevando todas las cosas al coche de Habuz. Luego, dos de ellos saldrán a pie y vigilarán la calleja. Esperarán la señal que Boabdil Habuz les hará desde abajo, y entonces ellos le avisarán a él y a los otros dos de que pueden subir con el coche y salir. Dos arriba, dos en el coche.

—¿Está listo, Simón?

—¿Listo? ¿Para qué?

—Para escapar de aquí.

Simón se quedó mirándola incrédulamente. De pronto, sonrió.

—Adelante —musitó—. Consiga usted desatarme, y le prometo sacar fuerzas de donde sea para escapar de aquí.

—No olvide esa promesa —sonrió la espía.

Y movió los pies de modo que pudo verse que faltaba el tacón de uno de sus zapatos, el derecho. Luego, como si tal cosa, agitó una mano, en simpático saludo. Inmediatamente, volvió a ocultarla en la espalda. Simón estaba estupefacto, pero tuvo que reaccionar al oír las voces de los egipcios en el pasadizo.

—Ya lo han recogido todo. Los cuatro se van. En efecto: dos al coche, dos arriba… Habuz entrará de un momento a otro para…

—Sssttt…

Boabdil Habuz apareció en la puerta, de pronto. Se quedó mirando a Brigitte, con aquella ardiente mirada negra y reluciente. Sacó parsimoniosamente una pistola, y se acercó a Simón. Se detuvo junto al espía, que lo miraba fijamente, en un supremo esfuerzo para no mirar hacia Brigitte, con el riesgo de mostrar aquella ligera esperanza.

Habuz vaciló, y optó por sacar también un silenciador, que enroscó en la punta del cañón, siempre parsimonioso, vuelto de espaldas a Brigitte, de modo que ocultaba parcialmente a Simón de la vista de la espía internacional.

Y, mientras tanto, esta estaba ya actuando con su característica rapidez. Se había quitado ya los zapatos, pero el tacón de uno de ellos apareció en su mano derecha, mostrando la aguda hoja de acero de tres pulgadas que sobresalía por la punta estrecha. Un rapidísima tajo dejó libres sus pies. Se incorporó, deslizándose fuera de los almohadones silenciosamente.

Boabdil acabó de enroscar el silenciador, y justo en el momento en que apuntaba a la cabeza de Simón, oyó tras él aquel suavísimo rumor, como… como de pies descalzos…

Su sobresalto fue visible, evidentísimo. Respingó, quiso volverse… y en aquel momento la manita derecha de Brigitte, sujetando fuertemente el tacón, se dirigía rauda hacia él. Pasó por encima del hombro derecho de Boabdil Habuz, y la hoja de acero se hundió con seco golpe en aquel lado de la garganta, casi debajo mismo de la oreja, haciendo temblar la gruesa papada del egipcio.

Fue un impacto fortísimo… y mortal. Boabdil Habuz salió tropezando hacia la izquierda, dobló las rodillas, cayó y se golpeó de cara contra la pared; y cuando tras el rebote caía de espaldas, la fina hoja de acero pasó bajo su barbilla, velocísima. Boabdil Habuz emitió un ronquido fortísimo, y empujado por la segunda cuchillada acabó de caer de espaldas.

Eso fue todo.

Brigitte recogió la pistola, se acercó a la puerta y miró cautelosamente a ambos lados del pasadizo. Luego, regresó junto a Simón, cortó las cuerdas que le sujetaban a los dos palos amarrados en forma de X, y lo ayudó a incorporarse.

—Es… es inútil —jadeó el espía—. No podré moverme… Déjeme aquí, Baby…

Brigitte no le hizo el menor caso. Pero tuvo que llevarlo casi a peso hasta los almohadones, donde lo tendió cuidadosamente.

—Márchese… Hice una promesa que no puedo cumplir. No puedo… No podré sostenerme…

—Cierre la boquita —sonrió la espía—. Y espéreme aquí, sin intentar nada por su cuenta.

—Ya… aprendí la lección…

—Eso es. Volveré en cuanto pueda. Tenga esto.

Le dejó en la mano el tacón que contenía la mortal hoja de acero, y, empuñando la pistola, salió al pasadizo. Lo recorrió rápidamente, sin encontrar ningún obstáculo. Todas las puertas estaban abiertas, en honor a Boabdil Habuz, por supuesto.

En menos de dos minutos llegó al lugar donde esperaba el coche del egipcio. Junto al vehículo, fumando y charlando, estaban «X» y otro de los hombres de Merletti y Habuz.

Brigitte apareció en aquella especie de garaje, pistola en mano. «X» se volvía entonces, haciendo un comentario que obligaba a su compañero a sonreír… Pero «X» se quedó mirando con ojos desorbitados a la espía, incapaz de reaccionar. De pronto, llevó la mano a un bolsillo del pantalón…

Plop.

«X» salió disparado hacia atrás, empujado por la bala que le acertó en la frente y que salió por la coronilla, formando un feo boquete. El otro tampoco pudo hacer nada.

Plop.

Recibió el balazo en pleno corazón. Pareció que fuese a quedar como clavado de espaldas al coche, pero se fue deslizando lentamente, con los ojos abiertos…

—¡Selim! —Oyó la llamada desde arriba.

El que llamaba a Selim dijo algo más, pero Brigitte no lo entendió en absoluto, pues habló en árabe. Se acuclilló junto al coche, de modo que podía ver la entrada y, al mismo tiempo, esconderse a toda prisa si era necesario…

No fue necesario. «Z» apareció en el garaje subterráneo, sin recelar nada, preguntando algo en su idioma. Sus pies parecieron quedar clavados en el suelo cuando vio a sus compañeros…

Plop.

«Z» también recibió el balazo en el corazón, y pareció arrugarse,

deshincharse en su caída… Ni siquiera había acabado de caer cuando ya Brigitte pasaba por su lado, ascendiendo rápidamente la rampa, todavía descalza, en silencio…

Y esta vez la sorpresa se la llevó ella. El último enemigo que quedaba apareció de pronto en el extremo superior de la rampa, mirándola aturdido, pero ya con la navaja en la mano echada hacia atrás… Lanzó el arma blanca con tremenda energía y terrible puntería Solo que la agente Baby ya se había tirado de bruces en la rampa, al tiempo que apretaba el gatillo.

Plop.

El último egipcio se llevó las manos al pecho, dio un traspié hacia delante, se dobló por la cintura y cayó de bruces. Pareció que iba a quedar allí, en el extremo de la rampa, pero no fue así. Empezó a rodar, cada vez más rápidamente, como un tronco lanzado pendiente abajo, saltando sus brazos y piernas grotescamente a cada giro… Brigitte tuvo que apartarse rápidamente para evitar el encontronazo, y quedó arrodillada a un lado de la rampa, viendo bajar al egipcio, que desembocó velozmente en el garaje, chocó con el compañero que había estado arriba con él, lo rebasó y, perdido ya todo impulso, se detuvo.

Brigitte regresó al garaje y se dedicó a quitarle la ropa a «X», que era el único que no la tenía manchada de sangre. Una vez tuvo la camisa, se olvidó del egipcio, y fue al coche. Le llevó casi tres minutos encontrar el lío de cosas en el que habían sido colocados sus sujetadores. Se los puso, se puso la camisa de «X», subió las mangas hasta más arriba del codo y se quedó mirándose en uno de los cristales del coche. Bueno, no estaba demasiado mal.

Debajo del asiento trasero encontró su maletín, revuelto con algunos cojines. Y en el portaequipajes la radio de baterías, ya desmontada. Se lo llevaban todo: máquina, cojines, fotografías, colillas… La carcomida mesa había sido desmontada y luego rota; a los pies del asiento contiguo al del conductor se veía el botijo blancuzco… Y una gran bolsa de lona listada en colores. Su contenido era interesante: dos botellas de leche, higos, dátiles y naranjas.

Cargada con la bolsa de lona, el botijo y, sobre todo, su maletín, regresó a la celda que había estado compartiendo con Simón.

—¿Le gusta la leche de cabra, Simón?

—¿Los ha matado a los cuatro?

—Lamentable, pero cierto —musitó Brigitte—. No había más remedio. Además, dos de ellos ya estaban muertos desde que mataron a Romano… ¿Y los higos?

—Me gusta todo…

—Pues vaya comiendo y bebiendo mientras encuentro algo con qué vendarlo en mejores condiciones.

—¿No nos vamos inmediatamente?

—No hay prisa. Además, Merletti y Perkins ya no volverán por aquí. Coma tranquilo.

Se echó un higo en la boca y desapareció de nuevo. Regresó poco después, con unos pantalones y una chaqueta, y unas tiras de tela blanca, sólida.

—Tuve que quitarles los pantalones a todos, para hacer unas buenas vendas. Veamos si esto sirve como gasa…

Se echó otro higo a la boca, se subió las faldas y bajó lo que quedaba de su combinación. La dividió en tres partes, que dobló por varias veces.

Primero vendó las heridas de Simón en ambos costados, y luego la de la pierna.

—Es posible que algo se infecte —admitió—. Pero para entonces ya estará usted en buenas manos. ¿Me sale sangre a mí? —Se alzó la camisa de «X», mostrando su costado—. ¿Se ve en la venda?

—No…

—Estupendo. Póngase estas ropas. Su chaqueta y pantalones están inservibles, pero tendrá que utilizar lo que queda de su camisa… No… Imposible… Está demasiado manchada. A ver si la de Habuz está presentable.

Lo estaba.

Tenía unas manchitas de sangre en el cuello y una mancha mayor en el pecho, adonde había ido a parar desde su garganta al ser degollado. Pero con el agua del botijo Brigitte casi consiguió quitarlas. Con la chaqueta no se notaría nada.

—¿Leche?

Simón se estaba poniendo los pantalones, y Brigitte sonrió y bebió ella. Veinte minutos después, los dos estaban fumando de los cigarrillos de los egipcios.

—Bien —musitó Simón—. Ahora viene lo realmente bueno,

Baby. Ya veremos quién consigue que yo pueda moverme de aquí.

—Yo misma. Pero todavía es pronto, Simón. Podemos esperar un par de horas. Démosles tiempo.

—¿Tiempo… para qué?

—Para que organicen el asesinato de Nasser. Y cuando ellos se consideren ya bien aposentados, nos moveremos nosotros.

—Me pregunto si vale la pena.

—No compliquemos las cosas. Yo quiero impedir ese asesinato… No creo que sea beneficioso para nadie, y en cambio las consecuencias son imprevisibles. Además, si Stanley Perkins falla en algo, si llegan a cazarlo vivo o a matarlo, puede estar seguro de que las complicaciones serían para Estados Unidos. No interesa. De manera que duerma un par de horas, y luego nos iremos.

—No podré moverme. Y yo no voy a poder dormir…

* * *

—Simón…

El espía abrió los ojos, y se quedó mirando aquellos tan azules, risueños.

—¿Me he dormido?

—Naturalmente. Lo necesitaba. ¿Cómo se siente?

—No sé…

Intentó levantarse, pero no lo consiguió. Después de ser ayudado por Brigitte, quedó en pie, pero estaba claro que no podía valerse por sí mismo.

—Ya le dije que se podía marchar… Me las arreglaré solo.

Brigitte abrió su maletín, sacó un frasquito de perfume y lo vació. Luego, también del maletín, sacó una pequeña jeringuilla y una aguja hipodérmica. Hundió esta en el fondo del pequeño frasquito de perfume y tiró del émbolo, extrayendo del doble fondo del frasco un líquido de color idéntico al perfume.

Se quedó mirando a Simón, con aquella simpática y dulcísima sonrisa tan personal.

—Parece que tendré que drogarlo, Simón. Usted tiene que durarme y ayudarme por lo menos durante tres horas más. Iremos adónde tiene la radio y llamaremos a Roma pidiendo que vengan a recogerlo… Pero no tenemos tiempo de esperar a nuestros

compañeros para lo demás… Lo siento de veras.

—Pues yo no —sonrió duramente Simón, alzándose la manga—. Va a ser un pinchazo simpático. Sin miedo, Baby.

El líquido entró en la vena de Simón. Luego, Brigitte le ayudó a tenderse, y se dedicó a esperar. Ni siquiera tuvo que hacerlo diez minutos. Simón quiso ponerse en pie él solo, pero ella le detuvo.

—No, no, no… Los efectos de esta droga duran solamente seis horas. Y aunque se sienta como nuevo, no abusemos. Todavía no sabemos lo que puede ocurrir. Le ayudaré a llegar al coche.

—Es usted… sensacional…

Capítulo IX

—Eso es todo, Perkins… Espero que no falle, a última hora.

—No fallaré.

—Muy bien. Ya sabe dónde debe colocarse. En su condición de fotógrafo, de periodista, tendrá facilidades para colocarse en el lugar apropiado. No se precipite. Haga las cosas con calma, con buenos nervios. Inmediatamente después de disparar, regrese aquí. Yo le estaré esperando en el coche. De aquí iremos directos al aeropuerto…, y fin.

—De acuerdo.

Stanley Perkins salió del coche, con la cámara fotográfica colgada del cuello. Se alejó a buen paso, hacia Sharia Mohammed Ali. Cuando llegó, una gran muchedumbre se agolpaba en ambas aceras, gritando, aullando, alzando los brazos, cerrando los puños… El griterío era ensordecedor. El tráfico había sido interrumpido en Mohammed Ali, pero a lo largo de la avenida, espaciados, se veían las hileras de motoristas… Fue caminando a espaldas del gentío hasta llegar a la altura de la Ópera. Allá estaba el palco al cual no podía tardar en llegar la víctima de la muerte fotográfica. Ya se veían algunos oficiales y jefes…

El americano se abrió paso, sin miramientos, hacia primera fila, ignorando las iracundas miradas de los cairotas, que, contra la opinión de Merletti, no se suavizaron por el simple hecho de ver la cámara fotográfica que indicaba la profesión del intruso. Por el contrario, hubo un momento en que Stanley Perkins temió ser agredido en masa por toda aquella gente excitadísima.

Por fin, con no poco esfuerzo, consiguió colocarse en primera fila, desentendiéndose de todo lo que fuese ajeno a su propósito. Calculó la distancia hasta el palco, al otro lado de la calle. Posiblemente, ni siquiera cuarenta yardas. Magnífico. Efectuó varios enfoques de prueba, tomando en cada uno de ellos a uno de los

militares que esperaban ya con impaciencia la llegada del general Nasser. Bien… El disparo no podía fallar jamás. Examinó el pequeño orificio disimulado con números a un lado del objetivo, asegurándose de que no había ni la más pequeña partícula de algo que pudiese obturarlo, o dificultar la salida del mortal proyectil.

Un griterío ensordecedor, un clamor unánime, brotó de la multitud, sobresaltándolo. Dirigió la mirada al palco militar, y se estremeció: Gamal Abdel Nasser hacía su aparición.

Al instante, desde el extremo de la Sharia Mohammed Ali, en El Ezbekiyeh, empezó a sonar la marcha militar… En menos de un minuto, las tropas egipcias estaban llegando…

Stanley Perkins se secó las sudorosas manos en los pantalones. Luego, aferró la máquina, casi con demasiada fuerza. Aquello era terrible, pero por un millón de dólares…

Notó algo en su espalda, un contacto. Luego, tuvo la plena conciencia de que alguien le había pasado la mano bajo la chaqueta, y le había cogido fuertemente por el cinturón. Inmediatamente, a la altura de los riñones notó otro contacto, mucho más duro. Volvió la cabeza, mostrando una expresión airada… y palideció intensamente.

—Brigitte… —musitó.

Estuvo claro que ella decía «Hola, Stanley, querido», pero su voz no se podía oír. La mano de la espía dio un suave tirón al cinturón del «ejecutor», y este comprendió: tenía que irse de allí, con ella. La presión de aquel otro contacto más duro en sus riñones le convenció de que solo tenía dos alternativas: obedecer, o morir allí mismo, de varios balazos en los riñones. De uno u otro modo, no conseguiría disparar la cámara fotográfica hacia la víctima elegida. Y, por tanto, la posibilidad de seguir viviendo no era desdeñable.

Dio la vuelta, abriéndose paso entre los cairotas aullantes de entusiasmo. Y tras él, siempre sujetándole por el cinturón, la agente de la CIA. Casi fue tan difícil salir de allí como lo había sido entrar. De no haber estado tan fuertemente sujeto por el cinturón, habría sido fácil escapar, interponiendo un muro humano entre él y Brigitte. Pero, evidentemente, esto había sido tenido en cuenta por la dulce damita de los ojos azules, y no se despegó de él ni una pulgada, siempre con la pistola clavada en los riñones.

Por fin, dejaron atrás el cordón humano que llenaba Sharia

Mohamed Ali. Se encontraron en terreno completamente despejado, ellos solos. Atrás fue quedando el griterío, la enervante marcha militar, el trepidar de las cadenas de los carros de combate, los motores, los pasos marciales…

—¿Dónde está Merletti, Stanley?

—No lo sé.

—No seas estúpido. Piensa que de la respuesta depende tu vida. No estoy bromeando, Stanley. He degollado a Boabdil Habuz, y he matado a los otros cuatro… He llamado a mis compañeros de Roma, y dentro de un par de horas como máximo estarán en El Cairo. Todo está perdido en función de que ganes ese millón de dólares. Ahora, toda tu fortuna es tu vida. Si colaboras, seguirás viviendo. Si no, yo misma seré quien te ejecute aquí y ahora. ¿Dónde está Merletti?

—A… a tres calles de aquí… Te enseñaré…

—No, querido, no… Dime exactamente dónde está.

—Delante de un bazar cerrado, al principio de Sharia El Kezbah.

—¿En un coche?

—Sí… Sí, sí.

—¿Solo?

—Claro, sí…

—Sigue caminando. La primera a la derecha. Te voy a soltar, pero no olvides que estoy detrás de ti. Y sé disparar muy bien.

Perkins obedeció. Tuvo un instante de alegría cuando vio el coche de Boabdil Habuz, pero la alegría se esfumó pronto cuando vio a Simón al volante. Estaba muy pálido, y tenía la frente llena de sudor, pero el duro pliegue de su boca decía bien a las claras que estaba dispuesto a aguantar hasta el final.

—Entra en el coche, Stanley. Y dame esa cámara fotográfica. Perkins entró en el auto, atrás, y miró a Brigitte. Se sorprendió al verla tan tranquila, muy graciosa con aquella camisa que indudablemente le venía grandísima. Ella debía de estar tan segura de sí misma que había guardado la pistola, y chupaba con delicioso mohín de una finísima boquilla con brillantitos.

Un destello de esperanza volvió a aparecer en los ojos de Stanley Perkins. El último intento. Tenía que intentarlo, no podía permitir que ella ganara la partida…

—Sí… Te daré la cámara…

Notó de pronto un pinchazo en el cuello, como la feroz picadura de un mosquito, e instintivamente se dio un manotazo allí… Un segundo después estaba muerto, sentado, con los ojos abiertos…

Simón lo miró por el retrovisor, y luego miró a Brigitte.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Con la boquilla… Quería saber si podía confiar en él para una posible… regeneración, y le di una oportunidad. No supo aprovecharla.

—Supongo… que le debo la vida otra vez.

—Pues no sé… Mucho me temo que su intención era dispararme a mí con la cámara. No se mueva de aquí, Simón. Veamos si es cierto que Merletti está en Sharia El Kezbah… ¿Dónde cae eso?

—¿La llevo en el…?

—No, no. Solo indíqueme dónde está. Si el coche está allí, será fácil de ver.

—Dos calles más arriba y una a la derecha.

—Bien. ¿Cómo van esas fuerzas?

—No muy bien, pero espero aguantar todavía unos minutos… Eso de las seis horas debió de ser una broma, ¿no?

—Diremos a los laboratorios que perfeccionen la droga —sonrió Brigitte—. Vuelvo enseguida… espero.

Se alejó del coche, siguiendo la dirección indicada por Simón. Las calles adyacentes a Sharia Mohammed Ali eran tan cortas que tardó menos de dos minutos en llegar a la esquina de El Kezbah, con la cámara fotográfica colgada del cuello, como una estrafalaria turista. Asomó un instante la cabeza, rápidamente. El tiempo justo para ver el coche en el que la noche anterior Rossano Merletti la había llevado al pasadizo de Boabdil Habuz. Y, por supuesto, distinguió la silueta de Merletti al volante. Debía de estar esperando a Perkins, claro.

Y el coche estaba colocado en tal lugar que era imposible acercarse a él sin que Merletti la viera. Y la reconocería, estaba segura de ello.

El mayor contratiempo era que no había nadie en aquellas callejas. Todo El Cairo se había volcado en Sharia Mohammed Ali.

Si se acercaba, Merletti la vería y la reconocería. Entonces, todas las ventajas serían de él, que contaría con la protección del coche, mientras que ella tendría que estar al descubierto. Si regresaba a

por el coche para acercarse a Merletti contando también con la protección del vehículo, podría organizarse una pelea, una persecución por las calles de El Cairo…

* * *

Rossano Merletti oía, desde el coche, la cadencia de la marcha militar, el rugido de los motores, el griterío de la multitud… Y poco a poco su ceño se fue frunciendo. Miró el reloj, y el ceño se frunció aún más. Demasiado rato de desfile militar sin que nada hubiera ocurrido.

¿Qué estaba esperando Perkins? ¿Acaso pretendía dejar pasar todo el desfile antes de disparar con la cámara?

Tiró el cigarrillo por la ventanilla abierta. Cinco minutos después encendía otro. Empezaba ya a notarse nervioso.

¿Estaba loco el maldito Perkins? ¿Qué podía estar esperando?

Cuando acabó el cigarrillo, estuvo tentado de salir del auto e ir en busca de Perkins. Pero le detuvo la posibilidad de que precisamente entonces llegara Perkins a toda prisa, no se encontrasen, y el americano se fuese con el coche… Ah, no. Eso, no.

Cuando estaba a mitad del siguiente cigarrillo, la marcha del Ejército egipcio se oía ya muy lejana, y los cairotas empezaron a aparecer, comentando con gran excitación lo que habían visto. Poco a poco, aquellas estrechas calles adyacentes a Sharia Mohammed Ali se fueron llenando de hombres, mujeres, niños… Vestidos a la europea, la mayoría en mangas de camisa, algunos con chilaba, muchos adornando sus cabezas con el rojo *fez*…

Y ni rastro de Stanley Perkins. Nada había pasado, nada había ocurrido… Sin novedad en el desfile, sin novedad en nada… Nada había ocurrido, y todo el mundo volvía a sus asuntos. ¿Cómo era posible?

¿Dónde estaba Perkins? ¿Lo habían detenido antes de que pudiera…?

Esta idea le erizó el vello. Si lo habían detenido, el americano hablaría, lo irían a buscar a él inmediatamente… Movió la mano hacia la llave de contacto, y cuando estaba a punto de tocarla, alguien, mezclado entre el gentío que pasaba cerca del coche, interrogó dulcemente, en nítido italiano:

—¿Una fotografía, *signore* Merletti?

Rossano Merletti se volvió, sobresaltado. Ante él, a menos de seis pies, vio a la mujer, la cámara fotográfica. Un escalofrío de terror recorrió su cuerpo cuando reconoció a la mujer y a la cámara… Quiso gritar, implorar, suplicar…

El fogonazo lo cegó. Notó el golpecito en el pecho. Y en menos de cinco segundos Rossano Merletti ya no notó nada más. Quedó sentado en su auto, como quien duerme apaciblemente…

Podía estar satisfecho: su última fotografía se la quedaría como recuerdo la más bella espía del mundo.

Este es el final

—Sí… Sí… Desde luego, querido jefe: sé que soy maravillosa, astutísima, genial… Oh, vamos, Miky, parece que sea el primer artículo sensacional que recibe usted de mis manos…

—De acuerdo, de acuerdo… Muy amable. Oh, sí, ¿cómo no, querido?: le envío un besito. Adiós… *Ciao, ciao*…

Baby colgó el auricular, con un gracioso gesto de fastidio, y se volvió hacia Peggy.

—El señor Grogan es extremista, Peggy: o amenaza con despedirme, o me dice que el *Morning News* no sería nada sin mí… ¿Quién ha llamado a la puerta?

—Su tío Charlie.

—Mujer, que pase… Y tráenos champaña heladito, heladito…

—Sí, señorita.

La simpática y servicial Peggy se retiró, y apareció Charles Pitzer a los pocos segundos.

—Buenos días, querido tío Charlie… ¿Algo nuevo?

—Solo la guerra en el Oriente Medio. Supongo que ya se ha enterado.

—Así es. Lamentable, ¿verdad? El señor Nasser es muy… belicoso.

—Eso prueba que usted no siempre está acertada respecto a quién debe vivir y quién debe morir. A veces, quizá sería… conveniente dejar que los acontecimientos no desvíen su curso.

—Bien… No tendría inconveniente en ello siempre y cuando dejen en paz a mis chicos y no quieran comprometer a Estados Unidos —sonrió Brigitte—. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Tengo que estarlo, ya que lo están en la Central.

—Oh… ¿Qué dicen de mí en la Central? ¿No censuran que salvara la vida al señor Nasser?

—No precisamente. Hay que tener en cuenta que si la CIA

quisiera eliminar a Nasser, este duraría muy poco. Por tanto, si la CIA no ha decidido su muerte… ¿por qué permitir a los demás que la lleven a cabo?

—Sensatísimas palabras. Si la CIA no lo hace… ¿por qué permitir que se la pudiera acusar de ello?

—Usted… usted es diabólicamente astuta —gruñó Pitzer.

—Eso dicen… Oh, aquí tenemos un riquísimo champaña helado que nos abrirá un excelente apetito para el almuerzo… ¿Le apetece una copa, tío Charlie?

—¿Por qué no?

Peggy colocó la bandeja en la mesita, y se retiró. Pitzer bebió un sorbito y suspiró, encantado de la vida.

—¿Quiere que hagamos un brindis? —propuso Brigitte.

—¿Hay algo por lo que valga la pena brindar?

—Ya lo creo…

—Bien… Veamos ese brindis… Mejor dicho, oigámoslo… Alzaron los dos la copa. Brigitte sonrió pícaramente y exclamó:

—¡Viva el Tío Sam!

FIN

Notas

[1] Véase *El coronel Popitek*, de esta misma colección. <<

[2] Véase *El último tentáculo*, novela de doble extensión publicada en esta colección. <<